

## LIBRO SEGUNDO: NICARAGUA



*Primitivo y moderno, sencillo y complicado,  
Con un algo de Washington y cuatro de Nemrod.  
Eres los Estados Unidos,  
Eres el futuro invasor  
De la América ingenua que tiene sangre indígena,  
Que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.*

Rubén Darío. "A Roosevelt".

## 7. Llegada

EN JUNIO de 1854, cuando Walker se encargó del *Commercial Advertiser*, se recibieron noticias en San Francisco de que fuerzas democráticas habían comenzado una revolución en Nicaragua que la registraría en su historia como la guerra civil que trajo a Walker como penitencia. El periodista Byron Cole, empleado con Walker en el *Advertiser*, le sugirió en frecuentes conversaciones que se interesara por Centroamérica en vez de Sonora. Cole era accionista de la “Honduras Mining & Trading Company”, compañía recién fundada para explotar los yacimientos de oro del río Patuca en el oriente de Honduras.

Cole partió para Honduras en agosto, en el *Cortes*, vía Nicaragua. Al pasar por León, capital de la revolución, los rebeldes y las tropas del gobierno de Granada se encontraban tablas tras cuatro meses de intensos combates y fuertes bajas. Cole entonces firmó un contrato con el Director Supremo rebelde, licenciado Francisco Castellón, antiguo diplomático en Europa, para conseguirle 200 mercenarios en California, regresó a San Francisco y se lo ofreció a Walker. Después de modificar el contrato, convirtiéndolo en “concesión de colonización” para burlar la ley de neutralidad, Walker renunció de director del *Journal* en Sacramento y se fue a San Francisco a organizar su expedición a Nicaragua. Para sufragar los gastos, el 1 de marzo de 1855 puso a la venta los 52,000 acres de terrenos concedidos por Castellón a los mercenarios en el contrato de Cole, emitiendo cien acciones de mil dólares que otorgaban 520 acres al comprador de cada acción. La “Nicaragua Colonization Company” de Walker nominalmente valía cien mil dólares, pero en realidad no valía nada debido a un derrumbe en la bolsa de valores tras la quiebra de varios bancos en California que, de súbito, paralizó toda posibilidad de préstamo. Además, el segundo duelo de Walker contribuyó a retrasar los preparativos.

El lance de honor entre el coronel William Walker y el empleado aduanero William H. Carter, se realizó el 13 de marzo de 1855 a las siete de la mañana en San Souci, en los alrededores de San Francisco, en lo fino de un ventarrón que azotaba a la ciudad. Las crónicas en los diarios no mencionaron la causa, pero, como todos los empleados aduaneros pertenecían a la facción de Gwin del partido demócrata, es de suponer que la “traición” de sus cofrades esclavistas a Walker en Baja California dio origen al problema. Fue un duelo a pistola, a ocho pasos de distancia. El primer disparo de Carter hi-

rió a Walker en el pie, pero no se le vio mover un solo músculo; hasta varios segundos después sus amigos se dieron cuenta, al verlo cubriéndose de arena la herida sigilosamente con el otro pie. Ahí terminó el encuentro.

Aunque la herida no era grave, era muy dolorosa y pasó un mes antes de que Walker pudiera salir a la calle. A mediados de abril, Broderick le compró una acción de la Nicaragua Colonization Company y Walker obtuvo algunos préstamos, de cincuenta en cincuenta dólares, de otros amigos. Con ese dinero contrató un vetusto bergantín, el *Vesta*, y consiguió provisiones para el viaje pagándolas con acciones de la empresa de colonización. Pero enseguida un antiguo acreedor demandó al dueño del *Vesta* y el que le vendió las provisiones cambió de parecer, exigiendo dinero en vez de acciones. Como resultado el sheriff embargó el bergantín. El 3 de mayo cuando Walker solucionó el problema de los acreedores, ya había gastado casi su último centavo y no podía pagar las costas del caso que ascendían a \$350. El guardián puesto por el sheriff estaba a bordo. A eso de medianoche, Walker lo llamó para que examinara unos papeles en su camarote y lo dejó encerrado mientras un remolcador sacaba al bergantín de la bahía. El 4 de mayo a la una de la mañana, mandó al guardián de regreso a San Francisco en el remolcador y el *Vesta* zarpó para Nicaragua.

Llevaba cincuenta y ocho pasajeros. Los que pudieron hacerlo, pagaron \$40 por el pasaje; a los que eran muy pobres se los pagó Walker. Casi todos eran veteranos de la Guerra de México y algunos habían luchado bajo el general Narciso López en Cuba o con Walker en Baja California. Para enrolarse en la expedición cada uno tuvo que presentar prueba satisfactoria de servicio militar previo o tener fama de valiente y denodado en San Francisco. Claro está que esos aventureros iban a Nicaragua en pos de gloria y fortuna. Mas su líder, habiendo fracasado con el proyecto de Tehuantepec en Nueva Orleans y con el de Sonora en California, iba buscando convertir en realidad desde otra base, en Centroamérica, su Sueño Sureño de un Imperio en el Caribe. Y en esos momentos había rivales en el campo, deseosos de posesionarse de un país que parecía presa fácil.

Con 250,000 habitantes en 130,000 km<sup>2</sup> de superficie, Nicaragua era teatro de continuas guerras civiles desde que Centroamérica se independizó de España en 1821. La que ahora se libraba, desde mayo de 1854 entre el gobierno Legitimista (conservador) de Granada y los rebeldes Democráticos (liberales) de León, entraba ya en su segundo año, dejando al país dividido, exhausto, arruinado e indefenso: vulnerable a caer presa de cualquier banda de mero-deadores extranjeros. La lamentable situación y sus causas las esbo-

zó en la crónica de su viaje por Centroamérica el profesor Carl Scherzer, naturalista vienés que pasó por Nicaragua a comienzos de 1854:

...las recientes y libertinas actuaciones de los demagogos centroamericanos, los recrudescientes horrores de las revoluciones y guerras civiles, el apasionamiento partidista, las rivalidades entre las ciudades, el antagonismo racial, y las envidias, odios y rencores personales, han dañado muchísimo el carácter de Nicaragua..., y los paroxismos de anarquía, que se presentan aproximadamente cada tres años, a menudo la convierten temporalmente en un verdadero matadero ... La población de Nicaragua oscila entre doscientos y trescientos mil habitantes. Juntando todas las escuelas del país se consigue un gran total de 2,800 alumnos; se les enseña solamente a leer y algo de aritmética, pues lápiz y papel resultan demasiado caros para enseñarles a escribir. ... Lo único que exporta Nicaragua es lo que la naturaleza produce sola, sin requerir la intervención del trabajo del hombre: maderas, reses y cueros.

Inglaterra, disfrazada de protectora de un ficticio Rey Mosco, ocupaba su puerto del Caribe, San Juan del Norte, llamado Greytown por los ingleses. La Compañía del Tránsito, controlada por capitalistas tramposos y especuladores norteamericanos, tenía el monopolio de su valiosa ruta interoceánica conocida como la Ruta del Tránsito, el trayecto anfíbio más corto y seguro entre el Atlántico y Pacífico. Otra banda de filibusteros, bajo el coronel Henry L. Kinney, descendía desde Nueva York a apoderarse del país al mismo tiempo que Walker lo hacía desde San Francisco. Kinney se había interesado por Nicaragua a sugerencias del Presidente Pierce, su compañero de armas en la Guerra de México. Iba también a fundar un imperio esclavista en Nicaragua, apoyado por los esclavistas en el gabinete de Pierce y en el Sur. Su empresa, naturalmente, contaba además con el apoyo del senador Henry A. Crabb y sus cofrades sureños en California.

Poco después de haber declarado en el juicio de Walker en octubre de 1854, Crabb partió de San Francisco acompañado de Thomas F. Fisher, fundador de la filial en California de un nuevo partido político llamado "Know-Nothing". Fisher era un filibustero sureño, como Crabb y Walker —capitán del regimiento de Louisiana bajo el general Narciso López en la invasión de Cuba en 1850; llegaría a Mayor del ejército sureño en la Guerra de Secesión. Tras participar en la Convención Nacional Know-Nothing en Cincinnati, Fisher regresó a San Francisco vía Nicaragua acompañado de otros dos filibusteros, Collier Clarence Hornsby y Julius DeBrissot. Al pasar, ob-

tuvo del Comandante en Jefe del ejército revolucionario, general Máximo Jerez, ideólogo y caudillo liberal, un contrato para enrolar 500 mercenarios con promesa de paga extravagante en dinero y tierras: \$65,000 al mes y 314,500 acres, respectivamente (es decir, un promedio de \$130 mensuales y 630 acres por cada mercenario). El 22 de febrero de 1855 le entregó el contrato a Crabb en San Francisco. Viendo que Walker iba para Nicaragua, Crabb “generosamente” le cedió el contrato Jerez-Fisher. Walker se lo agradeció pero no lo quiso, prefiriendo actuar bajo la contrata de colonización Castellón-Cole. Crabb y Fisher se dedicaron entonces a organizar el partido Know-Nothing en California, mientras que Hornsby y DeBrissot se fueron con Walker a Nicaragua en el *Vesta*.

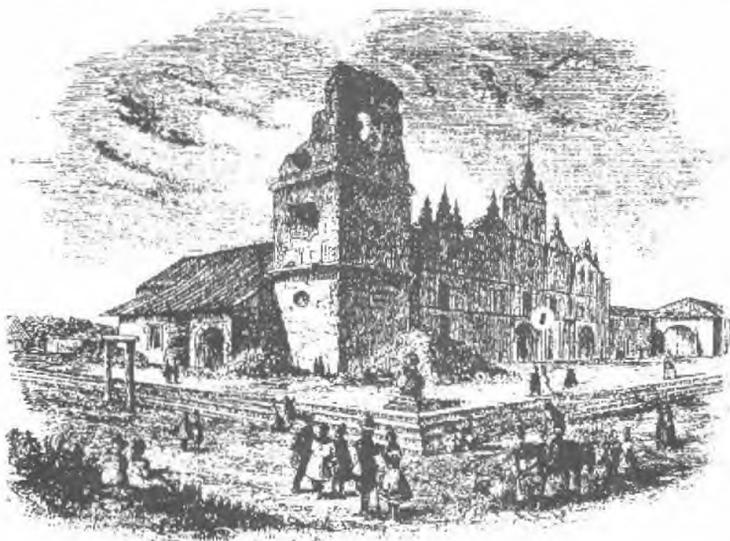
Los cincuenta y ocho filibusteros desembarcaron en El Realejo el 16 de junio. En nombre del Director Supremo, les dio la bienvenida el coronel Félix Ramírez acompañado del capitán inglés Charles W. Doubleday, a quien Castellón había mandado de traductor. Walker, entonces, no sabía español. A la mañana siguiente, Walker, Hornsby, Ramírez y Doubleday se dirigieron a León, quedando los demás en Chinandega.

A Walker le encantó lo que encontró en León. El ejército revolucionario de Castellón estaba de espaldas a la pared, con los Legitimistas granadinos avanzando desde Managua para caer sobre León. Esa situación alarmante lo animó en vez de deprimirlo, pues vio que la debilidad de la facción democrática favorecía sus planes de adueñarse del país. Mientras peor estuvieran los leoneses, más endeudados estarían con él a la hora del triunfo y más fácil le sería convencerlos de apoyar las medidas políticas que pensaba tomar. A Walker le agradó asimismo la desunión que encontró en el campo leonés, cosa que también favorecía sus planes. El comandante en jefe Jerez había caído en desgracia, pues sus camaradas le echaban la culpa de las derrotas sufridas. Castellón lo destituyó, dando el mando del ejército al general José Trinidad Muñoz. Los izquierdistas leoneses, acérrimos adeptos de Castellón, no querían a Muñoz y desconfiaban de él, pero lo necesitaban desesperadamente en la situación precaria en que estaban, ya que era considerado el mejor general de Centroamérica. Al tomar el mando de las tropas democráticas Muñoz hizo propuestas de paz al general Ponciano Corral, jefe del ejército Legitimista. Aunque la comunicación se había estancado en las etapas preliminares, los izquierdistas leoneses recelaban de que Muñoz los entregara, por lo que Castellón vio en Walker un aliado contra Muñoz, además de contra Granada.

Castellón recibió a Walker con los brazos abiertos; Muñoz, por su parte, diplomáticamente le hizo saber al norteamericano que le

dísgustaba su presencia en Nicaragua. En apariencia, Muñoz consideraba sin importancia para la nación el asunto de los mercenarios yanquis. En realidad, bajo exteriores diametralmente opuestos, el comandante en jefe y el filibustero compartían una megalomanía napoleónica que los hizo repelerse al instante. Walker era un hombre común, de aspecto ordinario y modales secos. Muñoz por el contrario era muy galán, de exquisitos modales que realizaban el vistoso uniforme de un Mayor General, con chaqueta, sombrero y sobrebotas a la Bonaparte.

Walker le advirtió a Castellón que ni él ni sus soldados pelearían bajo las órdenes de Muñoz, y exigió formar un cuerpo independiente para descender sobre Rivas y ocupar el camino del Tránsito entre San Juan del Sur y La Virgen. Su objetivo era doble: alejarse de Muñoz y posesionarse de la ruta donde podría recibir refuerzos en los vapores de la Compañía del Tránsito. Castellón accedió entusiasmado. El 20 de junio Walker recibió el grado de Coronel en el ejército democrático, con autorización para formar un cuerpo independiente —La Falange Americana. Conforme la Constitución de 1838, bastó una simple declaración para que Walker y su gente se convirtieran en ciudadanos nicaragüenses. Walker organizó la Falange, nombró edecán al buen conocedor Doubleday, y el 23 de junio zarpó en el *Vesta* de El Realejo para Rivas y la Ruta del Tránsito.



Iglesia La Merced en Granada con la torre derribada a cañonazos durante el asedio de los democráticos a los legitimistas, de mayo de 1854 a febrero del 55.

## 8. Asesinato

EL MINISTRO de la Guerra de Castellón le ordenó al coronel Félix Ramírez que se incorporara a Walker con 200 hombres para la expedición a Rivas. Ramírez era leal a Muñoz y cuando el *Vesta* zarpó sólo llevaba 110 nativos y los 55 norteamericanos de la Falange. El 27 de junio en la noche desembarcaron en El Gigante, bahía solitaria treinta kilómetros al Norte de San Juan del Sur, puerto terminal de la Ruta. A medianoche, la columna inició su marcha hacia el interior con la Falange al frente, Ramírez en la retaguardia y los cargueros con las municiones tapadas por cueros en el centro. Además de sus armas, los soldados llevaban en las mochilas provisiones para dos días, pues Walker pensaba cubrir veinticinco kilómetros sobre senderos silenciosos en la selva, y tomar Rivas por sorpresa el 28 en la noche. Pero no lo lograría.

Antes que Walker zarpara de El Realejo, el vicecónsul inglés en León, Thomas Manning, envió un correo avisándole al general Corral en Managua que Walker iba sobre Rivas. El correo (un alemán) cruzó las líneas leonesas con salvoconducto del general Muñoz. Manning era el intermediario en las pláticas de paz entre Muñoz y Corral, y consideraba perjudicial para el país la presencia de Walker en Nicaragua. Muñoz consintió que Castellón enviara a Walker sobre Rivas, confiado en que ahí sufriría una aplastante derrota. Además, al distraer la atención de Corral en el Sur, Muñoz mejoraba la posibilidad de derrotar a los legitimistas en otro frente.

Corral, en Managua, no perdió tiempo en prepararle una calorosa acogida a Walker en Rivas. Inmediatamente envió al coronel Manuel del Bosque con sesenta cívicos por el Gran Lago de Nicaragua en una goleta de Granada a San Jorge, los que llegaron a Rivas el 27 al mediodía, horas antes de que Walker desembarcara en El Gigante. Bosque tomó el mando de la ciudad, donde había sólo veinte cívicos.

Rivas no era zona de guerra: todas las tropas regulares del departamento (ochenta soldados) estaban en San Juan del Sur. Bosque reclutó cincuenta cívicos más (para un total de 130 combatientes), construyó barricadas y dispuso sus defensas. El 28, al atardecer, recibió noticia de haberse visto una embarcación por la costa cerca de El Gigante. Entonces despachó veinticinco batidores en esa dirección. Un aguacero torrencial retardó el avance, tanto de los filibusteros como de los cívicos, y en Tola, aldea quince kilómetros al Norte de Rivas, los batidores se detuvieron a esperar que amainara

un poco la lluvia. Cuando los filibusteros entraron esa noche en Tola, sobre ríos de agua en medio de la tormenta, sorprendieron a los soldados de Bosque jugando naipes en el corredor de una casa frente a la plaza, sin centinela. Los rifles de la Falange dejaron tendidos a varios cívicos, pero los demás escaparon y llevaron a Rivas la noticia de que los invasores estaban en Tola. Bosque entonces envió órdenes a la guarnición de San Juan del Sur para que acudiera a defender Rivas.

El 29 al amanecer cesó la lluvia. Los filibusteros salieron de Tola después del desayuno y llegaron a los alrededores de Rivas al mediodía. Entraron por el camino de Granada, al noroeste, marchando de dos en fondo; después de la acción de Tola, no podía haber ataque por sorpresa. Ya en las rondas de la ciudad, Walker ordenó a Ramírez que fuera con su tropa a cubrir los otros caminos por donde el enemigo trataría de escapar. Aunque Walker estimaba que los defensores superaban a la Falange en proporción de diez a uno y sabía que estaban esperándolo, no dudó un momento que sus cincuenta y cinco norteamericanos tomarían la plaza solos. Cuando le dio a Doubleday la orden para Ramírez, el edecán, estupefacto, le sugirió a Walker que no convenía deshacerse de la tropa de Ramírez pues probablemente la iba a necesitar en el ataque. Walker lo paró en seco, y con una sonrisa rara en él, le dijo que ya veía lo que sus cincuenta y cinco falanginos harían con sus armas.

Walker tenía razón, en parte: los fusiles de chispa de los legitimistas no eran ni parecidos a los rifles Mississippi y revólveres Colt de los norteamericanos. Con armas inferiores, en manos de reclutas bisoños, la puntería de los nicaragüenses dejaba mucho que desear. Sin embargo, en sus barricadas en las calles y tras las troneras en las paredes, los cien defensores detuvieron el avance de Walker aún lejos de la plaza principal. Y cuando en el fragor de la batalla llegó el teniente coronel Manuel Argüello con la tropa de San Juan del Sur, los filibusteros tuvieron que refugiarse en un par de casas de adobes en las afueras de Rivas. Presintiendo una victoria, los legitimistas pasaron al ataque y tomaron una de las casas, pero no pudieron tomar la más grande. El ataque frontal no sólo terminó en fracaso, sino también en carnicería: mientras Walker, Doubleday y otros resistían la carga de bayonetas con sus espadas, los rifles de sus camaradas, disparando sobre sus hombros, detuvieron a los nicaragüenses en la puerta, sembrando en el dintel un montón de cadáveres.

Entonces se ofreció cincuenta pesos de premio al voluntario que incendiara la casa. Emmanuel Mongalo y otro cívico pusieron manos a la obra: tea en mano, le pegaron fuego al techo. Mongalo rehusó los veinticinco pesos y pasó a la Historia; su compañero los

aceptó y su nombre desapareció en el olvido. La acción de Mongalo ganó la batalla: al quemarse las cañas y las vigas, llovieron tizones y tejas calientes sobre los filibusteros, que salieron en estampida por el patio trasero a un barranco, se internaron en el bosque y huyeron hacia San Juan del Sur. Cuarenta y cinco escaparon, siete de ellos heridos. Otros cinco heridos no pudieron correr y fueron rápidamente muertos por los victoriosos legitimistas, enardecidos de rencor contra los piratas yanquis aliados de los leoneses.

Las campanas a vuelo en las iglesias de Rivas cantaron victoria. El coronel Bosque contó veinticinco muertos y veintiocho heridos entre sus tropas; catorce cadáveres norteamericanos y doce leoneses; muchos rifles y revólveres capturados, pero ni un solo prisionero. Estando los legitimistas demasiado cansados para perseguir a los filibusteros o enterrar a sus muertos, a la mañana siguiente una pira de cadáveres norteamericanos puso el toque final a la Batalla de Rivas del 29 de junio de 1855.

Al narrar la batalla en su libro *La Guerra en Nicaragua*, Walker cuenta once falanginos muertos y siete heridos, por lo menos setenta legitimistas muertos y otros tantos heridos, pero olvida mencionar las bajas leonesas. Quizás fue intencional, ya que Ramírez y casi toda su gente se había ido hacia San Juan del Sur y Costa Rica en cuanto Walker les dijo que la Falange no necesitaba ayuda para derrotar al enemigo.

Cruzando platanares, potreros y cacaotales, sobre lodazales en las trochas y finalmente en el camino del Tránsito, los filibusteros derrotados llegaron a San Juan del Sur el 30 de junio al anochecer. Tomaron posesión del puerto sin encontrar resistencia, pues todas las tropas se habían ido a reforzar Rivas el día anterior. Walker se apoderó de la goleta costarricense *San José* en la bahía para regresar en ella a El Realejo. Ya listos a zarpar, se desató un incendio en el puerto. Oliver Dewey, oriundo de Kentucky, y un marinero llamado Sam, aprovecharon la presencia de los filibusteros para pegarle fuego al cuartel, en venganza por agravios recibidos de los legitimistas. Tras indagar los hechos, Walker aplicó juicio sumario al estilo de los Vigilantes californianos y condenó a los incendiarios a muerte. Sam logró huir, pero Dewey no pudo: su cuerpo atravesado de bala fue tirado al mar envuelto en un saco de lona. Como explicara Walker en su libro, la reputación futura de los norteamericanos en Nicaragua dependía, en gran parte, del castigo de Dewey. Como lo vieron los nicaragüenses, el cadáver de Dewey mostró de cuerpo entero el futuro imperio anglosajón de Walker.

Durante la travesía la *San José* se encontró con el *Vesta*, la Falange transbordó y retornó a El Realejo en el bergantín. Walker en-

vió a Castellón su informe de la expedición, quejándose de la conducta de Ramírez, que él creía se había corrido en Rivas por sugereencia u órdenes de Muñoz —concluía— y, si Castellón no investigaba y aclaraba el asunto, la Falange se iría de Nicaragua. Castellón respondió felicitando a los norteamericanos por su actuación en Rivas, agradeciéndoles sus servicios y rogándoles que no lo abandonaran; pero no mencionó a Muñoz, cuya conducta no podía darse el lujo de investigar en la situación crítica en que estaba su gobierno cuando un poderoso ejército enemigo se aprestaba en Managua a caer sobre León. Mas Walker insistió, habiendo decidido permanecer en el Vesta mientras sanaban sus heridos, y aprovechando ese descanso para recalcarle al Director Supremo la necesidad que tenía de la Falange.

Las cartas diarias de Castellón no hicieron ceder a Walker. Finalmente, el Director fue en persona a El Realejo, acompañado de su cuñado don Mariano Salazar, comerciante rico y el más enérgico de los líderes de la facción democrática. Ambos prometieron suministrarle a Walker los recursos que necesitara, y de ahí en adelante Salazar pagó de su propia bolsa los gastos y pertrechos de la Falange. Habiendo logrado lo que quería, Walker cedió, dejó a sus heridos en Chinandega, donde se proveyó de bestias y carretas, y marchó a León acompañado de Byron Cole, que acababa de regresar de los minerales de Honduras.

En León, Walker, Castellón y Muñoz conferenciaron en la casa del Director. A petición de Castellón, no aludieron al pasado. Las pláticas fueron corteses y naturalmente sin resultado. Walker pedía una fuerza auxiliar nativa de 200 hombres bajo el mando de un oficial de su confianza para caer de nuevo sobre el Departamento Meridional. Muñoz, por su parte, quería dividir a los norteamericanos en grupos de diez para distribuirlos entre los diferentes cuerpos de tropas nativas y marchar en varias direcciones sobre Granada. Ninguno de los dos cedió una pulgada. Walker regresó a Chinandega, decidido a ejecutar sus planes con o sin el apoyo oficial de Castellón. Como primer paso, le pidió a Byron Cole que modificara el contrato con el Director, lo cual obtuvo fácilmente. Se anuló la anterior contrata de colonización y el gobierno de Castellón autorizó a Walker a enrolar en su ejército 300 mercenarios norteamericanos, prometiéndole a cada uno \$100 mensuales y 500 acres de tierras al terminar la campaña. Además, Castellón otorgó poderes a Walker para arreglar las cuentas pendientes entre el gobierno y la Compañía del Tránsito.

En esos días el cólera morbo aniquiló al ejército de Corral en Managua, eliminando inesperadamente la amenaza de un ataque

legitimista a León en ese sector. Pero por otro lado, el afamado general hondureño Santos Guardiola salió con tropas de Granada hacia Condega, al Norte. Tras reclutar refuerzos en Matagalpa y las Segovias, podría descender sobre León o avanzar sobre Comayagua, capital de Honduras, a derrocar al presidente Trinidad Cabañas, aliado de Castellón y Jerez. Confrontando ese peligro, Muñoz marchó hacia el Norte con 600 hombres. Entretanto, con el dinero de Salazar, Walker compró todos los rifles que pudo en León y Chinandega y reemplazó las municiones gastadas en Rivas. Enseguida esperó, habiendo encontrado al oficial nativo que necesitaba para llevar a cabo sus planes: el sub-prefecto de Chinandega, coronel José María (*Chelón*) Valle. Al narrarlo en *La Guerra en Nicaragua*, Walker explicó que tuvo que esperar el desarrollo de los acontecimientos y escoger el momento oportuno para ejecutar los designios que tenía en mente.

El acontecimiento que permitió a Walker ejecutar tales designios fue el asesinato de Muñoz, el 18 de agosto de 1855. Ese día Muñoz derrotó a Guardiola en la batalla de El Sauce y, al culminar su triunfo, cayó asesinado por la espalda por uno de sus propios soldados, José María Herrera, viejo compinche de Valle. Valle odiaba a Muñoz y deseaba “lavar la mancha” de la “traición de Ramírez” a Walker. Desde la primera vez que lo vio, Walker se dio cuenta de que “Valle tenía gran influencia sobre los soldados de León y Chinandega” y de que era voluble, fácil de encauzar, lo que Walker aprovechó “haciéndole dar pasos positivos en la empresa”. Que los “pasos positivos” de Valle incluyeron el asesinato de Muñoz por su amigo Herrera bajo la hábil dirección de Walker, se puede leer entre líneas en *La Guerra en Nicaragua*, especialmente en el panegírico de Walker para el asesino. Fuera del asesinato de Muñoz, Herrera jugó un papel insignificante en la guerra y en 1856 desertó del ejército de Walker; éste no menciona el asesinato en su libro, pero oculta la deserción en gratitud a Herrera, cubriéndolo de fama póstuma: “José Herrera, —dice— firme en su lealtad a los americanos hasta la muerte, a pesar de los esfuerzos de su hermano para desviarlo de la senda del deber...”

Eliminado Muñoz, el 23 de agosto de 1855 Walker zarpó de nuevo de El Realejo en el *Vesta*, con la Falange y las fuerzas auxiliares nativas que Valle reclutó en Chinandega, para ocupar el camino del Tránsito en el Departamento Meridional y de ahí toda Nicaragua.

## 9. Victoria

EN SU SEGUNDA expedición al Departamento Meridional Walker llevó 50 falanginos y 120 nativos. El *Vesta* entró en la bahía de San Juan del Sur el 29 de agosto al anochecer; los filibusteros desembarcaron la siguiente mañana sin problemas, pues las tropas legitimistas evacuaron San Juan y corrieron a proteger Rivas en cuanto vieron al bergantín en el puerto. Ese mismo día llegó de Granada Parker H. French, a tomar el vapor para San Francisco. French era otro líder esclavista del partido Know-Nothing de Crabb y Fisher en California y andaba en Nicaragua de agente de dicho grupo, evaluando la situación. Además, era un pillo de marca mayor que había comenzado su carrera pública durante la expedición de López a Cuba en 1850 y la terminaría en la cárcel durante la Guerra de Secesión, catalogado como uno de los espías sureños más peligrosos y astutos.

French dejó larga cola de incidentes delictivos en Texas y México, antes de arribar a California en 1852. En Chihuahua, fuera de su reputación, perdió un brazo, destrozado por las balas de compañeros que estafó. De ahí en adelante se le llamó “el coto French”. El coto French fue un éxito instantáneo en California. Se hizo abogado de buena clientela en cuanto llegó. Al cabo de un año era ya diputado por San Luis Obispo en la Asamblea estatal, legislador prominente en 1854 y líder conspicuo del partido Know-Nothing de Crabb y Fisher en 1855.

Los esclavistas Know-Nothing se aprestaron a reforzar a Walker apenas salió de San Francisco en el *Vesta*, y cuando él iba para El Gigante ya ellos tenían en California su Asociación de Colonización Centroamericana, bajo el liderazgo de French, lista a enviarle reclutas. Mas al recibir la inesperada noticia de la derrota en Rivas, French viajó a Nicaragua con su sirviente mulato, Tom, para evaluar la situación sobre el terreno.

French y Tom desembarcaron en San Juan del Sur el 28 de julio. Aunque los legitimistas tenían sospechas bien fundadas de que el coto era filibustero, French se las arregló para viajar a Granada, bajo guardia, donde Tom se encargó de propalar los fabulosos detalles de la habilidad de su amo como artillero. En consecuencia, las autoridades estaban ansiosas de contratar los servicios de un experto, fuere coto o no, que tiro a tiro —según su sirviente— daba el cañonazo en el blanco a dos kilómetros de distancia. Según French mismo, los comisionados del gobierno le propusieron nombrarlo

Coronel en Jefe de Artilleros de la República, pero no aceptó; el coto, por su parte, hizo varias propuestas de colonización que los comisionados rechazaron. Antes de partir, a fines de agosto, firmó en Granada un lucrativo contrato para suplirle pólvora al ejército legitimista. Pero al encontrarse con Walker en San Juan del Sur, se fue a San Francisco a enviarle refuerzos conforme los planes originales. Zarpó a bordo del *Uncle Sam* el 2 de septiembre.

En cuanto se fue el vapor, Walker se preparó a marchar sobre el camino del Tránsito al puerto lacustre La Virgen. El ejército legitimista en el Departamento Meridional estaba concentrado en Rivas al mando del general Guardiola, quien acababa de llegar de Granada con tropa escogida para echar a los filibusteros al mar. Guardiola tenía 600 efectivos; Walker menos de 200, contando los convalescientes de la epidemia de cólera morbo que azotó a Chinandega antes de su partida. Debido a los atrasos, típicos nicas, de la tropa de Valle, no fue sino hasta después de medianoche que el ejército filibustero salió de San Juan, con la Falange a la vanguardia y Valle en la retaguardia. El cielo estaba despejado, el clima fresco, el camino bueno y la marcha progresó sin incidentes. Tras descansar un rato en la Casa del Medio Camino, entraron en La Virgen el 3 de septiembre a las nueve de la mañana; se apostaron los centinelas; se asignaron cuarteles a las diversas compañías; y comenzaron a desayunar. Simultáneamente, Guardiola salió con su ejército de Rivas el 2 en la tarde y pernoctó en la hacienda El Jocote, a un kilómetro de la Casa del Medio Camino. Sin saberlo, ambos ejércitos estuvieron a punto de encontrarse en la madrugada. Guardiola planeaba atacar a Walker esa mañana en San Juan del Sur, pero al llegar a la Casa del Medio Camino se encontró con que los filibusteros acababan de pasar para La Virgen. Dando media vuelta, el ejército legitimista siguió al de Walker, quizá a cinco kilómetros de distancia.

Justo al terminar el desayuno los filibusteros, los disparos de los piquetes de Valle anunciaron la presencia del ejército legitimista cuando sus avanzadas todavía estaban a quinientos metros de La Virgen. Cuando las cubrieron, ya Walker tenía a su tropa desplegada tras matorrales, chozas, cercas y hondonadas. Y los rifles y revólveres en manos de los filibusteros así protegidos, pronto mostraron su superioridad sobre los fusiles de chispa de los atacantes que avanzaban al descubierto. No hubo batalla; sólo masacre. La Falange no tuvo ningún muerto y muy pocos heridos; Valle dos muertos y tres heridos. Guardiola dejó más de sesenta cadáveres en el campo y cuando se retiró a Rivas iban más de cien heridos, muchos de ellos de muerte. Walker salió herido con un rasguño en el cuello. Una bala fría le destrozó las cartas de Castellón que llevaba en el bolsillo, so-

bre el pecho, y le dio en la garganta, botándolo al suelo momentáneamente. Ese mismo día informó del triunfo al Director, pidiéndole refuerzos para pasar a la ofensiva. El mensajero llegó a León en los momentos en que Castellón fallecía, víctima del cólera morbo que continuaba cobrando vidas en Nicaragua.

French, que zarpó de San Juan la víspera del triunfo de Walker en La Virgen, arribó en San Francisco el 14 de septiembre. En cuanto desembarcó comenzó a propalar su propaganda en los diarios, con la que atrajo recursos y reclutas para los designios de los Know-Nothing en apoyo de Walker. Fue una copia al carbón de los cuentos fabulosos que Walker mismo llevó de Guaymas a San Francisco exactamente dos años antes (menos los apaches). Las noticias de San Juan del Sur publicadas en California en esos días, pintaban las supuestas riquezas que aguardaban a los que se unieran a Walker.

Cuando el *Cortes* de la Compañía del Tránsito zarpó de San Francisco para San Juan del Sur el 20 de septiembre, French tenía listos cincuenta y cinco reclutas al mando del coronel Charles Gilman, nada amedrentado tras haber perdido una pierna en Baja California. French trató de convencer al agente de la Compañía del Tránsito, Cornelius K. Garrison, de que Walker era ya prácticamente dueño de Nicaragua, pero Garrison no quiso colaborar en una empresa que después de la batalla de Rivas (y antes de saberse la de La Virgen) parecía un fracaso. En la madrugada French metió las armas y municiones sigilosamente en el barco, bien empacadas como equipaje normal. Envío a Nicaragua cincuenta y cinco fusiles, veintidós rifles, ocho mil cartuchos y ocho barriles de pólvora en sacos y cajas iguales al resto de la carga. Enseguida se fue a comprar los pasajes, pero Garrison rehusó vender boletos para San Juan del Sur a quienes no demostraban que tenían motivo lícito para viajar a Nicaragua.

Treinta y cinco filibusteros subieron a bordo del *Cortes* con boletos para Nueva York; a los otros veinte, que iban sin boletos, los bajaron a tierra en el momento de zarpar, por órdenes de Garrison. A última hora estaban dispuestos a comprar pasajes a Nueva York, pero Garrison no estaba dispuesto a vendérselos. Es obvio que no confiaba en que Walker se mantendría en el istmo, por lo que sólo mandó a un empleado, Charles J. Macdonald, en el *Cortes*, con instrucciones de actuar sobre el terreno conforme evolucionaran las circunstancias. French se quedó en California, reclutando el próximo contingente.

Los treinta y cinco reclutas de Gilman desembarcaron en San Juan del Sur el 3 de octubre. Con ellos y algunos viajeros norteamericanos que se engancharon en San Juan, la Falange contaba ya con

casi cien filibusteros. Walker los organizó en tres compañías, formando un batallón al mando del coronel Hornsby. Tras el triunfo en La Virgen, las fuerzas de Valle también aumentaron, tanto con partidarios que se le unieron en el istmo como con los refuerzos que le llegaron de El Realejo. Pero los legitimistas asimismo rehicieron su ejército en Rivas después del desastre de La Virgen. Corral en persona tomó el mando de los mil hombres que reunió en Rivas, casi el total del ejército legitimista entero.

Cuando los pasajeros de Nueva York cruzaron el istmo el 8 de octubre, el *Cortes* se los llevó a San Francisco y Walker inició la siguiente etapa de sus operaciones. Por diversas fuentes sabía que casi todo el ejército legitimista estaba en Rivas y que Granada estaba indefensa. El 10 de octubre marchó con sus tropas de San Juan del Sur a La Virgen. En cuanto llegó colocó resguardos en las vías de acceso, prohibiendo que nadie saliera del pueblo. A la mañana siguiente (11 de octubre), en un par de horas, arrestó, juzgó, condenó y fusiló a un supuesto espía legitimista. A las 6 P.M. se apoderó del vapor *La Virgen* en cuanto llegó de San Carlos, con el beneplácito de Macdonald y demás empleados de la Compañía del Tránsito en el pueblo. Al otro día (12 de octubre) embarcó sus tropas; al atardecer navegaban por el lago hacia Granada; a eso de medianoche cruzaron frente a la ciudad, con las luces apagadas y las cortinas de lona tapando la cubierta.

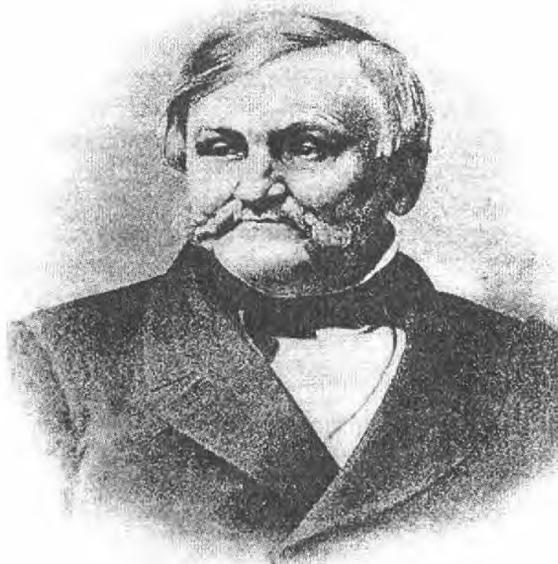
La capital legitimista dormía tranquila, confiada en que la protegían de Walker el ejército del general Ponciano Corral en Rivas, y de los leoneses el del coronel Tomás Martínez en Managua. La victoria de Martínez el 11 de octubre en Pueblo Nuevo sobre las tropas de León, les daba a los granadinos alegría y confianza, haciendo mayor la sorpresa que les caía por el lago.

Con la plena cooperación del capitán del vapor y demás empleados de la Compañía del Tránsito que acompañaron a los filibusteros en la travesía, en la madrugada del 13 de octubre de 1855 Walker desembarcó sus tropas en un paraje solitario seis kilómetros al Norte de Granada. Entró en la capital de Nicaragua al amanecer y la tomó en diez minutos, conforme lo anotó escuetamente el ministro norteamericano John H. Wheeler en su Diario íntimo:

Sábado, 13 de octubre —Esta mañana, como a las 6, fuimos despertados por una rápida sucesión de disparos de armas de fuego. Pronto averigüé que el coronel William Walker con una fuerza de 400 hombres, de los cuales 92 son Americanos, había desembarcado del vapor *Virgen* y atacado Granada —la que se tomó en 10 minutos sin la pérdida de un solo hombre —2 heridos. Los granadinos sufrieron 4 muertos, varios heridos y mu-

chos prisioneros —entre ellos el señor Mateo Mayorga. El Presidente Estrada y otros escaparon...

En realidad, Walker perdió un hombre, pero era apenas un muchacho y no era “Americano”: El tambor nicaragüense de Valle cayó propiamente frente a la residencia de Wheeler cuando filibusteros y leoneses atacaron la plaza principal, donde quince defensores perdieron la vida y otros cayeron prisioneros. Los filibusteros enseguida se dirigieron al convento aledaño de San Francisco donde liberaron ochenta prisioneros políticos sólo para llenar de nuevo la cárcel con los granadinos que Walker echó presos. Además, la cárcel se expandió, porque Walker hizo cautiva a la ciudad entera. Apresó a las personas prominentes que pudo y las dejó de rehenes a cargo del Ministro Wheeler y otros extranjeros, usándolos de carceleros. El ejército legitimista del general Ponciano Corral continuaba intacto en Rivas, al igual que las fuerzas del coronel Tomás Martínez en Managua; Walker tenía a Granada de rehén para forzar su rendición.



John Hill Wheeler, el Ministro estadounidense en Nicaragua amigo de los filibusteros.

## 10. Terrorista

EN CUANTO tomó Granada, Walker dirigió un Manifiesto a los nicaragüenses, prometiendo protección al hombre laborioso, seguridad al ciudadano, impulso a las artes, ciencias y agricultura y, en fin, el conservar y hacer conservar el orden. Al mismo tiempo, envió propuestas de paz a las autoridades municipales, estipulando las siguientes condiciones:

1. Guillermo Walker será nombrado Director Provisorio de la República por el término de un mes. Enseguida se convocará a elecciones.

2. Se respetarán todos los derechos de personas y propiedades y se echará un velo sobre todos los delitos políticos.

3. Guillermo Walker será el Comandante en Jefe del ejército.

Al recibir estas propuestas equivalentes a un ultimátum, los munícipes, presididos por el Prefecto, se reunieron en la Sala Consistorial el domingo 14 de octubre y considerando la crítica posición en que se encontraba la ciudad, aceptaron los términos del filibustero. El comportamiento de Walker este primer día en Granada, respaldó por completo sus promesas: personalmente impidió y rigurosamente prohibió a Valle el pillaje usual de la ciudad y el asesinato general de los prisioneros. En el sermón de la misa mayor el domingo en la parroquia, el padre Agustín Vijil se hincó de rodillas ante las perspectivas halagüeñas de una paz duradera que, de lograrse —dijo— convertiría a Walker en “el enviado de la Providencia ... iris de concordia, ángel tutelar de la paz y estrella del Norte de las aspiraciones de un pueblo atribulado”.

Aprobada su propuesta por los munícipes, Walker envió comisionados a convencer a Corral, en Rivas, de que firmara la paz. Y para halagar al General legitimista, Walker aparentó ser magnánimo: gentilmente le cedió el puesto de Director Provisorio a Corral; pero, naturalmente, William Walker sería el jefe del ejército para conservar “el orden” en la nación. Walker en persona le dio las instrucciones al Ministro norteamericano John H. Wheeler y lo mandó a Rivas con el Ministro de Guerra legitimista don Juan Ruiz, a quien tenía preso y quien se comprometió a regresar una vez cumplida su misión ante Corral. Wheeler y Ruiz zarparon de Granada en *La Virgen* el domingo 14 de octubre en la noche.

Corral había previsto el uso del vapor por los filibusteros. En cuanto supo que Walker había desembarcado en San Juan del Sur, el 30 de agosto le ordenó al agente de la Compañía del Tránsito en

La Virgen que en el acto anclara los vapores lacustres frente a Granada y los dejara ahí hasta nueva orden. El agente rehusó acatar el mandato, asegurándole a Corral que los filibusteros no se atreverían jamás a apoderarse de los vapores de la Compañía norteamericana, pues sabían muy bien que a la Compañía del Tránsito la protegía el gobierno de los Estados Unidos. Corral le creyó. Cuando el 10 de octubre sus batidores vieron al ejército de Walker en el camino del Tránsito, se aprestó a defender Rivas; cuando el 12 de octubre Walker navegaba hacia Granada, Corral estaba planeando atacar La Virgen; y cuando recibió la noticia de que el 13 de octubre Walker había tomado la capital, presuroso marchó con 500 hombres hacia Granada, dejando al coronel Florencio Xatruch con el resto de la tropa en Rivas.

Wheeler y Ruiz desembarcaron en La Virgen el lunes 15 de octubre al amanecer; llegaron a Rivas a lomo de mula a las 2 de la tarde, a esas alturas Corral iba por Nandaime (a cuarenta kilómetros) a atacar Granada. Xatruch de inmediato despachó un correo hacia Nandaime con la propuesta de Walker a Corral; mientras esperaba la respuesta detuvo a Wheeler en Rivas y don Juan Ruiz huyó a la vecina Costa Rica. La atmósfera en el campo legitimista era en extremo hostil contra Wheeler y la Compañía del Tránsito por su contubernio con Walker. Wheeler anotó en su Diario íntimo: “pasé una noche terrible, esperando a cualquier momento ser fusilado”. La Virgen lo sacó de apuros al disparar varios cañonazos en la costa junto a San Jorge, tras lo cual Xatruch soltó al Ministro y éste regresó a La Virgen el miércoles en la mañana. Ahí recibió Wheeler la respuesta de Corral, fechada “Cuartel General en marcha, 17 de octubre de 1855”, informándole que en vista de que Wheeler se inmiscuía en la guerra intestina en Nicaragua, en perjuicio de las autoridades constituidas, Corral no se hacía responsable de lo que pudiera ocurrirle a su persona.

En su contestación a Corral, fechada en La Virgen el 18 de octubre, Wheeler protestó airado que no estaba haciendo nada malo, responsabilizó al General legitimista de su detención en Rivas y le aseguró que no le estaba pidiendo ni nunca le pediría garantizar su seguridad personal; que la bandera norteamericana era lo suficientemente poderosa para protegerlo a él. Mas en la intimidad de su Diario, Wheeler dejó constancia de que Corral tenía razón. Su asiento del 14 de octubre en Granada, dice: “Hubo una alarma de que venía el enemigo —pero resultó falsa”, revelando que, para Wheeler, los legitimistas eran “el enemigo”. En el preciso instante en que escribió la contestación a Corral, Wheeler fraternizaba en La Virgen con un nuevo contingente de filibusteros de Walker que aca-

baban de llegar de San Francisco —filibusteros que combatían al gobierno legítimo ante el que él estaba acreditado.

A principios de octubre, varios centenares de aventureros del interior se congregaron en San Francisco, intentando partir a Nicaragua el 5 en el *Uncle Sam*. En esa fecha, Garrison no había recibido ningún informe de Macdonald ni se sabía en San Francisco del triunfo de Walker en La Virgen. Para Garrison, era muy probable que los legitimistas hubieran derrotado a Walker en San Juan del Sur a como lo habían hecho en Rivas, y por lo tanto les negó pasaje en el *Uncle Sam* a los filibusteros. Parker H. French enseguida publicó una nota en el *Alta*, equiparando a Walker con Lafayette en sus heroicos esfuerzos por difundir la Libertad y la Civilización, y catalogando de suicida la política de Garrison. French se las arregló para viajar en el *Uncle Sam* ese día. La partida del vapor se atrasó cuando los guardias de Garrison no dejaron subir o sacaron del barco a todos los que iban sin boleto, impidiendo así que viajaran como 300 filibusteros. Al registrar, encontraron 29 fusiles que pertenecían a la Milicia de San Francisco y dos cajones de armas de la armería de Sacramento, pero el vapor zarpó sin que el sheriff pudiera conseguir la orden judicial para recobrarlos.

Junto con los 280 pasajeros para Nueva York, el *Uncle Sam* llevó a Nicaragua sesenta y dos filibusteros para Walker, bajo Parker H. French y el coronel Birkett D. Fry, ambos figuras prominentes del partido Know-Nothing. Desembarcaron en San Juan del Sur el 17 al amanecer y esa tarde se encontraron con el ministro Wheeler en La Virgen, a su retorno de Rivas. Los pasajeros para Nueva York subieron a bordo del *La Virgen*, rumbo a San Juan del Norte; los filibusteros de French y Fry, con la aprobación tácita, si no explícita, del Ministro norteamericano, se fueron con ellos a apoderarse del Fuerte San Carlos para Walker. Zarparon de La Virgen en la madrugada del 18, cruzaron el lago y llegaron frente a San Carlos antes del mediodía. French le envió un ultimátum rimbombante al comandante del fuerte, diciéndole que tenía 200 soldados en el barco y exigiéndole la rendición incondicional. El comandante le replicó con seis cañonazos, ninguno de los cuales pasó cerca del blanco. French entonces comenzó el desembarco, pero un aguacero lo obligó a desistir. *La Virgen* regresó a La Virgen, los pasajeros se quedaron ahí varados y el Ministro Wheeler subió a bordo a juntarse con sus amigos filibusteros.

A la mañana siguiente, viernes 19 de octubre, el vapor llevó a Wheeler con los filibusteros de French y Fry a Granada. A la llegada se reunieron con Walker. Al saber que Corral rehusaba negociar la paz y que don Juan Ruiz había escapado, Walker sacó a don Mateo

Mayorga de la residencia del Ministro norteamericano y lo metió en el calabozo junto con todos los granadinos prominentes que pudo agarrar. Wheeler anotó en su Diario: “Sábado 20 —Mucha excitación —los arrestos continúan constantemente —el coronel Parker H. French cenó conmigo —Periódico se vende en las calles”. El periódico era el primer número de *El Nicaraguense* (sin diéresis) de Walker, que comenzó a publicar ese día apropiándose de la imprenta que requisó en Granada. Al narrarle Wheeler su peripecia de Rivas, Walker tranquilamente observó que era una lástima que Xatruch no lo fusiló, ya que entonces el gobierno norteamericano hubiera intervenido en favor de Walker. En sus *Memorias*, Wheeler comenta que dicho pensamiento —frío y cruel— fue típico de Walker, quien consideraba a sus semejantes como simples peones de un tablero de ajedrez, a quienes movía y sacrificaba en pro de sus ambiciosos planes.

El *Star of the West* llegó a San Juan del Norte el 17 de octubre de 1855 con 680 pasajeros de Nueva York, rumbo a California. Ascendiendo por el río San Juan en los vaporcitos de la Compañía del Tránsito, el 18 al mediodía los viajeros cruzaron el raudal de El Toro y transbordaron al vapor lacustre *San Carlos*. El barco, lleno de pasajeros, entró al lago un par de horas después de que los filibusteros de French fracasaron en su intento de tomar el Fuerte San Carlos. Al pasar el *San Carlos* por el fuerte, le dispararon un cañonazo que rebotó en el agua y fue a dar sobre cubierta, matando dos pasajeros. El capitán del barco presto hizo señales indicando que no llevaba filibusteros a bordo y enseguida bajó a tierra a convencer al comandante del fuerte que lo dejara pasar. Por fin, a medianoche, el comandante lo autorizó bajo condición de que el capitán dejaría sus pasajeros en La Virgen y regresaría a San Carlos a entregar su barco.

El *San Carlos* desembarcó sus pasajeros en La Virgen el viernes 19 de octubre en la mañana. Ahí encontraron a los que iban para Nueva York, varados el día anterior. Los viajeros para California prosiguieron a pie y en mulas sobre el camino del Tránsito a San Juan del Sur; por la tarde se encontraron en el camino con 200 soldados legitimistas rumbo a La Virgen. Los oficiales nicaragüenses saludaron respetuosos a las viajeras norteamericanas, alzando la mano al sombrero al pasar. Los legitimistas sabían que los viajeros para Nueva York habían zarpado de La Virgen en *La Virgen* el día anterior. Cuando entraron al pueblo, al anochecer, no esperaban encontrar a ningún pasajero ahí; y, viendo a los norteamericanos, entraron volando balas, creyendo que se enfrentaban a los filibusteros llegados de California dos días antes. Los viajeros huyeron des-pavoridos en estampida a refugiarse en el monte. Los legitimistas

pronto dejaron de disparar, al darse cuenta que estaban masacrando inocentes.

Cinco cadáveres y ocho heridos quedaron tendidos en la calle; y por los gemidos que se escucharon durante la noche en el monte, era obvio que había más víctimas. Pasaron dos días antes de que todos los viajeros regresaran, poco a poco, al pueblo. *La Virgen* se llevó los 250 sobrevivientes a Granada, adonde llegaron el domingo 21 de octubre a las 10 de la noche. Para entonces muchos iban enfermos y muriendo, víctimas del cólera morbo. La reacción de Walker fue instantánea y salvaje: a las cuatro de la mañana del lunes 22 de octubre de 1855, don Mateo Mayorga fue fusilado, mejor dicho, asesinado, por orden de Walker en un acto terrorista frío y calculado para forzar a Corral a rendirse. Como Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno legítimo de Nicaragua y prisionero de Walker, Mayorga no era responsable en ninguna forma de las muertes ocurridas en *La Virgen* y en el vapor frente a San Carlos. Mayorga fue una víctima inocente de Walker, el terrorista. El Ministro norteamericano John Hill Wheeler, al igual que siempre, deplorablemente colaboró con su cruel compatriota y sin darse cuenta inscribió un sarcasmo macabro en su Diario:

Domingo 21 —Leí las oraciones de la mañana y agradecí a la bondadosa Providencia por su graciosa protección —Visité a Pedro Quadra y [Mateo] Mayorga en la prisión y los conforté —Mayorga me expresó su gran deseo de ser trasladado a un lugar más quieto ... y me pidió visitara a Walker con su solicitud —lo que hice.

Lunes 22 —A las 4 de esta mañana Mateo Mayorga fue fusilado en la Plaza por orden de Walker... El general Walker me visitó antes del amanecer para consultarme. Le expresé mi opinión de que Corral no podría luchar —debe de capitular— Que la ruta del Tránsito debe abrirse —y ocuparse el Fuerte San Carlos.

Walker envió sin demora a don Pedro Rouhaud, ciudadano francés vecino de Granada, a informarle a Corral de la “ejecución” de Mayorga y a recordarle que Walker tenía a la ciudad entera de rehén —a muchos ciudadanos prominentes en el calabozo, a quienes fusilaría en igual forma si Corral osaba atacarlo.

Wheeler ese día lo pasó ocupado tomándoles declaraciones a los pasajeros del *La Virgen*, las que envió al Departamento de Estado como prueba del salvajismo de los nicaragüenses. Para él, un norteamericano civilizado como Walker tendría que apoderarse del país para proteger de los nativos salvajes a los viajeros norteamericanos y a los bienes de la Compañía del Tránsito norteamericana. El

Ministro, por supuesto, le pidió a su gobierno que enviara barcos de guerra a los puertos nicaragüenses, pero estaba tan atareado tomando declaraciones para probar la barbarie de los nativos, que olvidó comunicarle al Departamento de Estado que los filibusteros se habían apoderado de los barcos de la Compañía norteamericana y los estaban usando en operaciones militares.

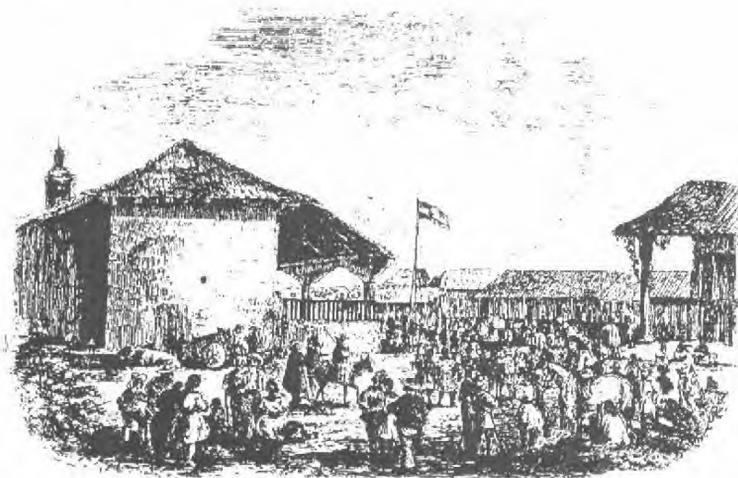
Don Pedro Rouhaud encontró a Corral en Masaya, donde el alto mando legitimista debatía sobre el curso a seguir. Los “exaltados” como don Pedro Joaquín Chamorro urgían a Corral que atacara a Walker sin dilación; los “moderados”, pensando en sus deudos y amigos en manos del filibustero, le pedían que se arreglara con Walker. El asesinato de Mayorga inclinó la balanza en favor de los moderados. El 23, Corral fue a Granada a negociar. Una cuadrilla de filibusteros llegó a Masaya y lo escoltó en el camino. Walker salió a caballo a recibirlo en las afueras de Granada y ambos jefes cabalgaron juntos hasta la plaza principal. A su paso, mujeres y niños en puertas y ventanas sonreían con lágrimas en los ojos ante las perspectivas de paz. En la plaza los recibieron los trescientos soldados leoneses de Valle en formación e igual número de “soldados” norteamericanos, pues Walker armó a los pasajeros varados y los puso en fila para impresionar a Corral con una idea exagerada de la fuerza filibustera.

\* \* \*

CORRAL FIRMÓ el Tratado de Paz con Walker esa misma tarde. Ahí se estableció un Gobierno Provisorio con don Patricio Rivas, legitimista, de Presidente, Corral de Ministro de Guerra y Walker de Comandante en Jefe del ejército. A petición de Walker, se estipuló que los artículos de la Constitución de 1838 referentes a la naturalización continuaban vigentes. Los ejércitos legitimista y democrático se unirían para formar un solo ejército al mando del ciudadano nicaragüense William Walker, con la divisa “Nicaragua Independiente” en un listón celeste. En cuanto firmó, Corral regresó a Masaya a prepararse a cumplir con el acuerdo.

Las guarniciones legitimistas en el Fuerte San Carlos y el Castillo de la Inmaculada se retiraron y los pasajeros varados en Granada partieron para Nueva York. El agente de Garrison, Macdonald, le entregó a Walker, en calidad de préstamo, veinte mil dólares en lingotes para echar a andar al nuevo gobierno (tomándolos del oro que iba de California para Nueva York). El coto French, Comisario de Guerra de Walker, firmó en nombre de “Nicaragua Independiente”, hipotecando lo que la nación habría de recibir de la Compañía del Tránsito en el futuro.

Las ceremonias oficiales dando posesión de Nicaragua a Walker, empezaron el 29 de octubre de 1855 en la mañana cuando el ejército de Corral entró en Granada por la calle del camino a Masaya, marchando hacia las tropas de Walker alineadas en el costado occidental de la plaza. Corral frenó su caballo junto al del filibustero, ambos jefes se desmontaron, se abrazaron y caminaron del brazo a la iglesia parroquial en el costado oriental de la plaza. El padre Vijil, en el atrio, los acompañó al altar mayor donde cantó un Te Deum. De la iglesia pasaron al cabildo y las tropas partieron a sus cuarteles. Don Patricio Rivas tomó posesión el 30 en el cabildo. El padre Vijil le tomó el juramento de ley: Don Patricio, arrodillado en un cojín ante el Cristo y la Biblia, juró observar como Presidente Provisorio lo estipulado en el tratado del 23 de octubre. Corral y Walker, a su vez, juraron cada uno observar y hacer observar el tratado. Con el juramento de ley de Comandante en Jefe del Ejército de la República de Nicaragua, el general William Walker entró en funciones como jefe supremo de facto de la nación.



Cuartel en la plaza de Granada, frente a la casa esquinera del Ministro Wheeler.

## 11. Predestinado

EN CUANTO el general William Walker prestó el juramento de ley como Comandante en Jefe del Ejército de la República, su megalomanía gélida quedó encarnada en la ley. La primera víctima fue un irlandés llamado Patrick Jordan y la segunda el propio Ministro de Guerra, general Ponciano Corral. Jordan fue uno de los “cincuenta y ocho fundadores de la República” que llegaron a Nicaragua en el *Vesta*, soldado de Walker en las batallas de Rivas, La Virgen y Granada. El 1 de noviembre, tomado de licor, por puro gusto mató de un balazo a un muchacho nicaragüense. En el acto fue arrestado, juzgado y condenado a muerte; y el 3 de noviembre lo fusilaron. Los ruegos de sus camaradas, de sacerdotes, de ciudadanos y hasta de la madre del muchacho, que lo perdonó, no pudieron conmovier a Walker decidido a enseñarles a los nativos que el Comandante en Jefe castigaba al infractor de la ley con justicia inflexible.

Corral cayó cinco días después de Jordan. El General legitimista era masón y se ilusionó creyendo que Walker también lo era. Con la ayuda de DeBrissot y Hornsby (quienes eran masones de alto grado), Walker se aprovechó de la equivocación de Corral para ganarse su confianza durante las negociaciones que culminaron en el tratado. Al firmar el documento, Corral se expresó entusiasmado muy en alto de Walker, de su caballerosidad y nobles sentimientos. Al tomar posesión el Presidente Rivas, nombró su gabinete a como lo quiso Walker, comenzando con Parker H. French de Ministro de Hacienda. Corral de súbito se dio cuenta de que el comandante en jefe William Walker era el gobierno y que el presidente Patricio Rivas con el resto del gabinete eran simples títeres.

El 1 de noviembre, angustiado, les escribió a Guardiola (ya presidente de Honduras) y Xatruch, pidiéndoles socorro contra Walker. Corral envió las cartas a través del coronel Tomás Martínez en Managua, quien las despachó a Comayagua con un correo. El correo resultó ser enemigo velado de los legitimistas. En vez de llevar las cartas a Honduras, se las llevó a Valle en Granada. Valle se las dio a Walker. El 4 de noviembre, Walker pasó revista, desarmó y desbandó a las tropas legitimistas en Granada. El 5 echó preso a Corral, acusándolo de alta traición y de conspirar contra el gobierno. En franca violación de la Constitución y del Código Penal de Nicaragua, Walker sometió a Corral a consejo de guerra. Exhibiendo de cuerpo entero su personalidad autócrata, William Walker convocó al Consejo de Guerra y nombró a los miembros del tribunal; presen-

tó la acusación; testificó ante la Corte en contra del acusado; fue la autoridad a quien la Corte recomendó clemencia; y fue quien confirmó la sentencia de muerte, nombró el verdugo, señaló la hora y escogió el lugar de la ejecución: el 8 de noviembre al mediodía, frente a su cuartel general en la plaza.

En los ojos del pueblo de Granada, Corral (mulato, hijo de esclava) era excelente persona. Pero en la Corte no estaba el pueblo de Granada sino los norteamericanos esclavistas del ejército de Walker encabezados por Hornsby; Abogado Acusador, Fry; y Abogado Defensor, iel famoso coto French! Tras hacer la solemne pantomima del juicio, en cuestión de minutos condenaron a muerte a Corral. Pero hasta esa Corte recomendó clemencia para el reo y enseguida le llovieron a Walker las peticiones para que conmutara la sentencia. Recibió los ruegos de los extranjeros residentes en Granada; del clero; de los notables; del padre Vijil; de las hijas de la víctima y su Mama Goyita hincadas de rodillas con los brazos al cielo implorándole por la vida de Corral. De acuerdo a E. J. C. Kewen, esclavista amigo de Walker y testigo presencial, la escena fue en realidad conmovedora y a todo mundo impresionó el semblante frío e impasible de Walker. No se le vio mover un solo músculo en aquel rostro plácido y sereno, mientras sus ojos grises observaban todo detalle, indiferentes, sin la menor emoción. Walker, por fin, concedió posponer la ejecución del mediodía a las 2 P.M., a cuya hora, el 8 de noviembre de 1855, un pelotón de filibusteros al mando del cojo Charles H. Gilman fusiló a Corral. Las gentes de Granada, en su inmensa mayoría mujeres, se agolparon sobre el cadáver, cortándole la cabellera en pequeños rizos y empapando pañuelos y telas en la sangre, para guardarlos de reliquias. Pocos días después, Wheeler anotó en su Diario: "Muchas personas (nativas) abandonando Granada". Y, con los naturales del país huyendo de sus lares, bandadas de norteamericanos acudían a Nicaragua a reemplazarlos.

El Ministro norteamericano Wheeler proclamó oficialmente su lealtad a Walker el 10 de noviembre, cuando con toda solemnidad reconoció el nuevo gobierno de Walker-Rivas en nombre de Estados Unidos. El reconocimiento se celebró al día siguiente con un suntuoso banquete en la residencia de don Carlos Thomas, rico comerciante jamaicano por largo tiempo vecino de Granada.

El esclavista Know-Nothing E. J. C. Kewen envió entonces al *San Francisco Herald* la historia del "Predestinado de los Ojos Grises". De acuerdo a Kewen, el 13 de noviembre, mientras él deliberaba con el Comandante en Jefe, se presentó al despacho una delegación de indios matagalpinos. Llegaban a rendir pleitesía al nuevo gobierno y a expresar su gozo por haberse restaurado la paz. Todos

querían estrechar la mano de EL HOMBRE que había rescatado de los acumulados horrores de la guerra civil a la nación. Kewen observó que, en un libro publicado por un autor inglés en 1850, se decía que los indios y nativos de Nicaragua tenían una tradición o profecía de que su país se libraría de los horrores de las guerras intestinas por la intervención de quien ellos, en su sencillez, llamaban El Hombre de los Ojos Grises. Y al contemplar la posición de Walker, no es nada extraño que los norteamericanos, convencidos de su destino manifiesto, hayan visto cumplida en Walker la leyenda del inglés. Mas cuando Kewen enseguida aludió a la Biblia, pintando la supuesta glorificación de Walker por los indios matagalpinos en términos de la exclamación de Natán a David —¡Tú eres ese HOMBRE!— fue irónico adrede o quizás sin darse cuenta, ya que [en II Samuel, 12:7], Natán le dijo a David “Tú eres ese hombre” porque David “actuó sin mostrar ninguna compasión”.

Los nicaragüenses que vieron morir a Mayorga y Corral, lo sabían muy bien; por eso muchos salieron huyendo de Granada, espantados. En esos días ultimaron sus planes el Predestinado de los Ojos Grises y sus colaboradores esclavistas sureños para la conquista total y permanente de Nicaragua. El coronel E. J. C. Kewen llevó las instrucciones pertinentes a sus cofrades Know-Nothings en California; en una carta a un amigo en San Francisco, fechada en Granada el 13 de noviembre de 1855, su camarada el coronel Birkett D. Fry esbozó el régimen militar que estaban organizando:

Ahora todo está quieto en Nicaragua. El nuevo gobierno está firmemente establecido y no creo probable que recrudezca la guerra sino hasta que Guatemala entre en la lid. Cuando eso ocurra le daremos a su ejército una buena tunda ... Nuestra fuerza Americana es un poquito más de 200 y pronto aumentará a 600 u 800 ... Mis obligaciones como Comandante de Granada me mantienen constantemente ocupado.

En los últimos días, el general Walker conmigo y dos o tres oficiales más, hemos estado atareados decidiendo las bases sobre las cuales se organizará el ejército, y creo que hemos adoptado un plan que nos dará el mejor pequeño ejército del mundo. Durante los próximos doce meses, probablemente todos los puestos civiles del gobierno los ocuparán los militares. En otras palabras, el gobierno será militar... El coronel Kewen, de San Francisco, sale hoy de aquí para California de agente del gobierno... Los dos partidos del país se odian tanto, que jamás podrán unirse contra los Americanos... La cantidad de terrenos estatales es enorme, y la gran mayoría serán muy valiosos en pocos años.

Al mes exacto de haber tomado la capital, Walker se encontraba “firmemente establecido” en Nicaragua, y desde su base en Granada comenzó a establecer en Centroamérica su sueño del Imperio Sureño. La gran idea que surgió en su alma en Nueva Orleans en agosto de 1849 y le agitó todo el ser, por fin se convertía en realidad. Los oficiales de su ejército y colaboradores (Hornsby, Fry, French, Kewen, Crittenden, Randolph) eran todos entusiastas esclavistas de una sola pieza. El bostoniano Byron Cole no figuraba entre los Oficiales Civiles y Militares del Estado.

Walker tenía 220 filibusteros en su ejército el 23 de noviembre, día en que el gobierno Walker-Rivas emitió un decreto de Colonización ofreciéndole de regalo 250 acres de tierra a cada colono que llegara al país. Con tal aliciente, Walker envió agentes a los Estados Unidos a reclutar “colonos”, es decir, soldados para su ejército. El coronel E. J. C. Kewen fue a San Francisco; el coronel Parker H. French a Nueva York; y el coronel Thomas F. Fisher a Nueva Orleans. De ahí en adelante, ese trío de agentes esclavistas Know-Nothings puso manos a la obra, ejecutando su parte del plan esbozado por el correligionario el coronel Birkett D. Fry en la carta del 13 de noviembre. Pero Walker no tenía dinero con que pagar el transporte de los reclutas a Nicaragua; por lo tanto, le pidió a su amigo A. Parker Crittenden que hiciera un arreglo con C. K. Garrison para conseguir 500 boletos gratis de San Francisco a San Juan del Sur. En esa forma, 500 filibusteros reclutados por Kewen en California viajaron gratis de San Francisco a Nicaragua en los vapores de la Compañía del Tránsito durante los siguientes dos meses.

En Nueva York, Parker H. French le concedió al abogado de la Compañía del Tránsito Joseph L. White una extensión por cien años de la concesión del monopolio del Tránsito a través de Nicaragua. White, por su parte, prometió transportar filibusteros a San Juan del Norte en los vapores de la compañía a \$20 por cabeza, al crédito, a cuenta del gobierno. En esa forma llegaron a Nicaragua mil filibusteros de Nueva York y Nueva Orleans, reclutados por French y Fisher. Además de agente reclutador, French fue nombrado Ministro en Washington por el gobierno Walker-Rivas. Pero antes de viajar a Washington y de hacer el trato con White en Nueva York a mediados de diciembre, French fue Ministro de Hacienda en Granada.

El 12 de noviembre, siendo Ministro de Hacienda, French les escribió a los directores de la Compañía del Tránsito pidiéndoles que nombraran comisionados para arreglar las cuentas con el gobierno de Nicaragua. Al recibir la carta de French, Joseph L. White se disgustó, se volvió contra Walker, y sus amigos apoyaron en el gabinete la postura anti-Walker del Secretario de Estado William L.

Marcy, prevaleciendo sobre las propensiones filibusteras del Ministro de Guerra Jefferson Davis y del de la Marina, James C. Dobbin. En consecuencia, el 8 de diciembre de 1855 el Presidente Pierce lanzó una proclama contra Walker y sus filibusteros. El 11 de diciembre arribó French en Nueva York. El 13, cuando se disponía ir a presentar sus credenciales a Washington, lo detuvo en seco la noticia de que el Presidente Pierce y su gabinete habían decidido no reconocer al gobierno de Nicaragua auspiciado por Walker ni recibir a su Ministro Parker H. French.

Por otra parte, la mala reputación de French sirvió de excusa y algunos han creído que fue el motivo por el cual no se le reconoció. En particular, en 1850 compró provisiones en el puesto del ejército norteamericano en San Antonio, Texas, pagándolas con cheques sin fondos. Su rapacidad durante la corta estadía en el Ministerio de Hacienda en Granada, y luego en Nueva York, donde malversó \$15,000 que tenía a su cargo, hicieron que Walker en marzo de 1856 lo arrestara y lo deportara de Nicaragua.

En cuanto a la Compañía del Tránsito, en 1855 estaba bajo el control del accionista mayoritario Charles Morgan en Nueva York y su socio C. K. Garrison en San Francisco. El Comodoro Cornelius Vanderbilt durante más de dos años había tratado tenazmente de desplazar a Morgan, sin lograrlo. Cuando Crittenden negoció con Garrison los boletos gratis, el acuerdo que hizo fue típico de los magnates navieros que explotaron el negocio del Tránsito por Nicaragua desde el comienzo.

Walker (por medio de Crittenden) se comprometió a revocar la concesión del monopolio de la Compañía del Tránsito y otorgárselo a una nueva compañía formada por su amigo Edmund Randolph en sociedad con Morgan y Garrison. Estos últimos rápido vendieron en Wall Street todas sus acciones de la vieja compañía y Vanderbilt las compró entusiasmado, apoderándose de la línea. El 21 de diciembre de 1855, Morgan se retiró de la Junta Directiva y renunció a la agencia de la Compañía en Nueva York; al día siguiente Vanderbilt lo sustituyó como director, asumió la agencia y también la presidencia de la Compañía. Vanderbilt enseguida se arregló con la línea de Panamá para trabajar en armonía, disminuir los gastos y aumentar las ganancias. Las acciones de la Nicaragua Transit Company se cotizaban entonces alrededor de \$20 en Wall Street, pero el Comodoro vaticinaba, confiado, que subirían a \$30 y que valían mucho más. Con avidez acaparó todas las acciones que pudo comprar y los agentes de Morgan, muy diligentes, le vendieron al descubierto, para entrega en cuatro meses, 30,000 y pico de acciones por más de \$600,000, que Vanderbilt pagó al contado.

Vanderbilt además contemplaba el cierre temporal de la ruta por Nicaragua en beneficio de la de Panamá, pues era dueño de acciones del Ferrocarril de Panamá y de los vapores de dicha ruta en el Atlántico. En consecuencia, firmó un contrato con William Henry Aspinwall, de la línea de Panamá, que le produciría dinero cuando dejara de funcionar la línea de Nicaragua: con los barcos de Nicaragua inactivos, Vanderbilt recibiría de Aspinwall \$40,000 mensuales —\$480,000 al año—; y, claro está, al mismo tiempo aumentarían sus ganancias en Panamá. La fecha en que Vanderbilt iba a poner en práctica su plan le era indiferente a Walker. Su mera existencia potencial le resultaba intolerable, ya que convertía a Vanderbilt en amo absoluto del gobierno de Walker en Nicaragua. Por lo tanto, la revocación de la concesión a la Compañía de Vanderbilt se impuso como necesaria.

Cuando (el 13 de marzo de 1856) se supo en Nueva York que Walker había revocado la concesión de la Compañía del Tránsito y otorgado una nueva concesión a Randolph y sus socios, las acciones de la Compañía del Tránsito se desplomaron en Wall Street. Morgan y Garrison hicieron una fortuna a costa de Vanderbilt. Presto, Vanderbilt se resarcía a costa de los accionistas de la línea de Panamá, pues de inmediato retiró los vapores de la ruta de Nicaragua y comenzó a recibir sus \$40,000 mensuales de Aspinwall.

\* \* \*

SE DIJO ENTONCES que Morgan quiso reconciliarse y consolidar intereses con Vanderbilt, pero que éste lo desdeñó, resuelto a vengarse. Y la venganza de Vanderbilt significaba la caída de Walker, porque en marzo de 1856 había estallado la guerra entre el Autócrata de Wall Street y el Autócrata de Nicaragua. Y como la riqueza del Comodoro era proverbial, e igual de notorio lo vacío de las arcas del Predestinado de los Ojos Grises, el resultado de dicho conflicto nunca estuvo en duda.



Comodoro Cornelius Vanderbilt

## 12. Hermaníticos

LA FALTA de fondos y una epidemia de fiebre mortal, parecida a la fiebre amarilla, debilitaron los esfuerzos de Walker para formar su ejército. Comenzando en diciembre, las defunciones en aumento diezmaron sus fuerzas. En enero de 1856 la mortandad fue de seis o siete diario en el ejército. La mayoría de los refuerzos apenas llegaron a llenar los vacíos causados por la peste. Un asiento en el Diario del Ministro John H. Wheeler narra la situación: "Lunes 25 de febrero —Mucha enfermedad en Granada —Diez ataúdes pasaron por mi casa a la lúgubre música del 'Venite Adoremus' seguidos por las tropas. Mi corazón está oprimido lo bastante sin estas dolorosas escenas". Al entrar marzo Walker se aprestaba con cerca de 1,200 norteamericanos, soldados y civiles listos a empuñar las armas, a defender su dominio del ataque de sus vecinos. Mas la amenaza era sólo de Costa Rica, ya que en esos momentos ni Guatemala ni El Salvador ni Honduras daban señales de disponerse a atacar su flanco Norte. El vecino del Sur era algo muy diferente.

Con una población concentrada en la meseta central de 3,000 a 5,000 pies de altura sobre el nivel del mar, Costa Rica, en muchos aspectos, presenta marcadísimos contrastes con Nicaragua. Los beneficios de la paz y la introducción del cultivo del café en la década de 1830 acentuaron la diferencia. Sus 100,000 habitantes eran casi todos de raza blanca y laboriosos; cada familia tenía su finquita de café o caña de azúcar. Había seguridad de vida y bienes. No existía deuda pública, ni extranjera ni doméstica. En la primera mitad de la década de 1850, mientras a Nicaragua la desolaban las guerras intestinas, Costa Rica continuaba en su carrera de prosperidad y progreso. Varios centenares de inmigrantes alemanes proveyeron de valiosos artesanos y mecánicos a la emprendedora nación y además suministraron tecnología europea moderna a la Milicia y al cuerpo de artillería. Porque, llena de paz y prosperidad, Costa Rica se preparaba sin embargo para la guerra. Por ley, todos los varones de 15 a 60 años de edad prestaban servicio militar obligatorio en la Milicia.

Su armamento era con mucho el mejor y el más moderno de Centroamérica. En 1854, el cónsul costarricense en Londres envió tres remesas de pertrechos a Puntarenas: 500 rifles Minié, de último modelo, 11,200 libras de balas, 100,000 cartuchos, 10,000 libras de pólvora, 8 piezas de artillería de diversos calibres con todos los accesorios y abundantes balas de cañón. Tal estado de preparación mili-

tar respaldaba con la fuerza a los designios del Presidente Juan Rafael Mora de incorporar la ruta del canal de Nicaragua dentro de las fronteras costarricenses. Las exportaciones de café y el comercio de Costa Rica eran casi exclusivas con Inglaterra y en buques ingleses; pero había el gran inconveniente de que los embarques tenían que ir por el Pacífico y la larga ruta del Cabo de Hornos. Esa falta de comunicación con el Atlántico dio impulso a los designios costarricenses de apoderarse de la ruta de Nicaragua. La debilidad de ésta, asolada por las luchas fratricidas, y el apoyo de su socio comercial, Inglaterra, le abrieron enseguida el camino a Costa Rica para apoderarse del río San Juan y del Gran Lago de Nicaragua.

Antes de la batalla de La Virgen, Costa Rica no vio peligro en Walker. En San José más bien consideraban a los filibusteros como aliados fortuitos, ya que distraían la atención del gobierno de Granada, facilitándole a Costa Rica el avance de sus planes para poseionarse de la ruta del Tránsito. Después de la batalla del 29 de junio de 1855 en Rivas, las autoridades costarricenses no sólo permitieron que los cincuenta soldados leoneses del coronel Ramírez regresaran a León vía Costa Rica, sino que les dieron pasaje gratis de Puntarenas a El Realejo para que siguieran con Walker. Pero la imagen de éste cambió de la noche a la mañana tras la captura de Granada, cuando de súbito se convirtió en amenaza real, y el 20 de noviembre el Presidente Mora dio la alarma en una proclama patriótica. Mora, sin embargo, no movió un dedo para marchar en auxilio de Nicaragua, pues estaba comenzando el corte y en los cafetales había una excelente cosecha; nueve millones de libras, equivalentes a un millón de dólares. El Presidente Juan Rafael Mora y sus dos hermanos Jose Joaquín y Miguel eran los mayores cafetaleros de Centroamérica y sabían que se debía recoger la cosecha antes de comenzar la guerra.

Prevenido de la situación al Sur de la frontera, el 17 de enero de 1856 Walker le escribió al Presidente Mora, asegurándole que no albergaba intenciones hostiles hacia las repúblicas centroamericanas y expresando sus fervientes deseos de paz y concordia entre Costa Rica y Nicaragua. Al no recibir contestación, dos semanas después envió una comisión a cargo del mayor Louis Schlessinger a dialogar con Mora, buscando posponer el ataque que veía venir mientras continuaba aumentando sus fuerzas. Schlessinger, uno de los pocos filibusteros que sabían algo de español, viajó acompañado del coronel Manuel Argüello (el jefe legitimista en la batalla de Rivas), a quien Walker encargó convencer a los nicaragüenses exiliados en Costa Rica para que regresaran a sus hogares. Los comisionados de Walker viajaron por tierra a Guanacaste (entonces llama-

do Moracia) a principios de febrero, cuando el corte de café llegaba a su fin y Costa Rica estaba lista para la guerra. El gobernador de Moracia don José María Cañas (cuñado del Presidente Mora), al instante expulsó del país a Schlessinger y su comitiva, poniéndolos a bordo de una goleta de Puntarenas a San Juan del Sur —menos Argüello, quien se enroló en el ejército costarricense para luchar contra Walker.

Con la cosecha de café asegurada y exportándose, el 27 de febrero de 1856 el Congreso de Costa Rica autorizó al Presidente la guerra contra Walker. Mora de inmediato decretó aumentar el ejército de 5,000 hombres a 9,000 e impuso un préstamo de guerra de 100,000 pesos a los capitalistas de la nación. El 1 de marzo lanzó otra proclama: “¡COMPATRIOTAS! —¡A las armas! Ha llegado el momento... Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía... No vamos a lidiar por un pedazo de tierra ... No. Vamos a luchar por redimir a nuestros hermanos de la más inicua tiranía”. La pobre Nicaragua había encontrado un segundo redentor extranjero en el Presidente Mora... Los poderosos hermaníticos iban a expulsar de su territorio al Predestinado de los Ojos Grises y de paso a apoderarse de la ruta del canal y el tránsito. El general Walker enfrentaba un formidable rival en la persona del Presidente Mora.

El grueso del ejército expedicionario —3,500 hombres— se reunió en la Plaza Mayor de San José el lunes 3 de marzo, al iniciar su marcha hacia la frontera. Iban llenos de entusiasmo y bien armados, y el *Boletín Oficial* les aseguró que Nicaragua entera se había sublevado contra Walker, comenzando con el degüello de numerosos filibusteros en el barrio San Felipe, de León. Corrían toda clase de rumores; entre otros, que Walker iba a atacar Puntarenas por mar para apoderarse del café y las mercancías en el puerto. El barón Alejandro von Bülow, coronel del ejército, con 300 hombres pronto puso a Puntarenas en estado de defensa. La Columna de Vanguardia —mil hombres bajo el general José Joaquín Mora avanzó a Liberia el 13 de marzo; su hermano el presidente Juan Rafael con el resto de las tropas pernoctó en Bagaces el 18. Contando con más de 3,000 soldados bien armados, entrenados y aprovisionados; altamente motivados y convencidos de que luchaban en defensa de su patria; con artillería moderna; con conocimiento íntimo del terreno e inteligencia exacta de los movimientos del enemigo, el general costarricense estaba seguro del triunfo.

Entretanto, Schlessinger regresó a Granada de Costa Rica el 9 de marzo, día en que arribaron 310 relutas de Nueva York y Nueva Orleans. Subestimando en un error craso la fuerza costarricense, Walker decidió darle a Mora una lección en su propio patio y envió a

Schlessinger a invadir Costa Rica con los recién llegados. Salieron 284 filibusteros organizados en cinco compañías: alemanes, franceses, neoyorquinos, neorleanenses y batidores. Schlessinger hablaba alemán, francés e inglés, además de su escaso español, lo cual iba a su favor así como su deseo de vengar la expulsión ignominiosa de Costa Rica. Por otro lado, el hecho de ser alemán y judío; su carácter despótico, caprichoso e iracundo; y la envidia de los subalternos por aquel rápido ascenso y brillante oportunidad, iban en su contra. La tropa heterogénea de aventureros de diversas nacionalidades y lenguas, indisciplinados y mal armados, contribuyó al desastre que le esperaba.

El 13 de marzo Schlessinger marchó de La Virgen a San Juan del Sur sobre el camino del Tránsito. El 16 continuó la marcha hacia la frontera, subiendo y bajando cuestras. Los pedregales del camino y más que nada el tórrido sol tropical hicieron difícil la caminata filibustera. El 20, a la una de la mañana, llegaron a la hacienda Santa Rosa, como a treinta kilómetros de Liberia. Bien informado por sus batidores de los movimientos del enemigo, el general Mora había salido del pueblo el 19 con la Columna de Vanguardia a darles batalla y aniquilar a los invasores. Los filibusteros descansaban, sin sospechar jamás la presencia del fuerte ejército costarricense listo a caerles encima. Los ticos atacaron a las 2:30 P.M.: mil hombres con tres piezas de artillería, desplegándose estratégicamente en la llanura con la serenidad y destreza de veteranos, embistieron a los filibusteros cuando éstos almorzaban, confiados y desprevenidos. Desde el momento en que el vigía filibustero corrió gritando "¡Viene el enemigo!" hasta que se disparó el último tiro, pasaron tan sólo catorce minutos, suficientes para deshacer a Schlessinger y su tropa.

Fue una rotunda victoria costarricense. Cuatro oficiales y quince soldados ticos murieron, pero los filibusteros dejaron veintiséis cadáveres en el campo y el resto huyó en estampida hacia Nicaragua, abandonando mulas, caballos, armas, municiones y pertenencias. Varios días después, los míseros remanentes de la tropa de Schlessinger comenzaron a llegar a La Virgen en pequeños grupos o solos, sin sombrero y descalzos, algunos casi desnudos y sufriendo insolación, pues se quitaban la ropa para protegerse con esos harapos los pies lastimados en el camino. Los malheridos no pudieron huir. A veinte filibusteros capturados se les hizo un juicio sumario y condenó a muerte. El Presidente Mora perdonó la vida de uno; a los otros diecinueve los fusilaron el 25 de marzo: 5 alemanes, 5 irlandeses, 3 norteamericanos, 2 griegos, 1 inglés, 1 francés, 1 italiano y 1 panameño.

Al arribar otra remesa de reclutas de Nueva Orleans y Nueva

York el 22 de marzo, Walker mandó a La Virgen el batallón de rifles apostado en León y trasladó su cuartel general de Granada a Rivas para la ofensiva contra Costa Rica. Cuando aparecieron los vencidos de Santa Rosa, el grueso del ejército filibustero se encontraba en el camino del Tránsito y en el acto Walker se preparó a repeler un ataque inminente de Mora. Al no ocurrir el ataque, Walker se replegó a Rivas.

En Rivas los rumores propalaban que la guarnición de San Juan del Sur —250 filibusteros— tenía órdenes de apoderarse del *Cortes* de la Compañía del Tránsito, cuando llegara de California a principios de abril, y que Walker lo usaría para atacar Puntarenas. El *Cortes* había salido de San Francisco el 20 de marzo con 400 pasajeros, entre ellos 40 reclutas para Walker. Justo al avistar su destino, el barco apareó a otro que iba de Panamá a San Francisco y del cual recibió un viajero que dijo deseaba quedarse en San Juan del Sur. En realidad era un agente de Vanderbilt con instrucciones perentorias para el capitán del *Cortes*, de que no tocara San Juan y se llevara los pasajeros a Panamá. El vapor entró en la bahía de San Juan del Sur el 1 de abril a las 9 PM.; mas no desembarcó pasajeros, y, antes de que los filibusteros pudieran abordarlo, en la madrugada siguió a Panamá. El escape imprevisto del *Cortes* desbarató todos los planes de Walker de atacar Puntarenas. Además, le cortó la conexión vital con California en un momento crítico, y varios meses pasarían antes de que Garrison pudiera enviar otro vapor y restaurara la conexión.

En esos mismos días, Walker recibió una carta del Ministro norteamericano en Guatemala, enviada a través de los canales diplomáticos del Ministro Wheeler, junto con mensajes urgentes del Presidente Patricio Rivas en León, informándole que Guatemala y El Salvador se aprestaban a entrar en la guerra contra él. Viendo que dos semanas después de Santa Rosa los costarricenses no daban señales de avanzar, Walker reaccionó cambiando de táctica. Cuando el 3 de abril le ordenó al ejército marchar de Rivas a La Virgen, limitando a quince libras el bagaje de cada soldado, la opinión general era de que iba rumbo a San José. Pero el sábado 5 de abril embarcó todas las tropas en el *San Carlos*, navegó al río San Juan, inspeccionó las defensas y fue luego a desembarcar a Granada.

Entretanto, Mora, al saber que Walker estaba con su ejército en Rivas, esperó en calma, vigilándolo. Cuando Walker embarcó, los costarricenses avanzaron y el 7 de abril ocuparon San Juan del Sur y La Virgen. En la escaramuza con los empleados de la Compañía del Tránsito en La Virgen (partidarios de Walker), los costarricenses mataron a nueve norteamericanos y se posesionaron del codiciado ca-

mino del Tránsito sufriendo sólo una baja. Enseguida quemaron el muelle, para impedir el desembarco de los filibusteros que surcaban el lago en los vapores. La guarnición que Walker dejó en Rivas, abandonó la ciudad y Mora la ocupó el 8 de abril sin disparar un tiro.

Ese día, un jinete llevó a Granada los informes del avance costarricense y *La Virgen* arribó con la noticia del incendio del muelle. Al mismo tiempo, cartas de León le informaron a Walker de que no existía peligro de ataque enemigo por la frontera Norte. En consecuencia, dejando más de un centenar de civiles y dos compañías de guarnición en Granada, el 9 de abril a las cuatro de la mañana marchó con el ejército hacia el Sur, a atacar a Mora en Rivas.

Walker tenía menos de 1,000 norteamericanos sobre las armas en Nicaragua. Con él iban como 600 a Rivas. Los restantes acuartelaban en el río San Juan, Granada, León y Chinandega. Contando los nicaragüenses que lo acompañaban, llevaba quizá 700 hombres. En el camino, Walker supo por una mujer de Rivas que al menos 3,000 costarricenses habían entrado en la ciudad; enseguida capturó y ahorcó a un rivense que les llevaba proclamas de Mora a los legitimistas de Masaya; a un vaquero que andaba en busca de ganado para los ticos y a otro nicaragüense que sorprendieron espantado. Con una soga al cuello y el otro extremo por sobre una rama del árbol más cercano, este último dio a Walker detalles exactos de las posiciones costarricenses en Rivas. Le dijo de la casa que ocupaba Mora y la ubicación de los cuarteles, del depósito de municiones y de la artillería. Walker lo ahorcó de todos modos, tras extraerle cuanto sabía, y utilizó esa información precisa para formar su plan de ataque.

Walker planeó este ataque de sorpresa para capturar a Mora y apoderarse del depósito de municiones frente al cuartel, ochenta metros al Oeste de la plaza. Tras pernoctar junto al riíto Gil González, el 11 de abril inició la marcha a las dos de la mañana y al alborar se desvió hacia el lago para atacar Rivas desde la dirección opuesta a donde el enemigo lo esperaba. A las ocho de la mañana, el ejército filibustero estaba en las Cuatro Esquinas, mil metros al noreste de Rivas. Los filibusteros entraron corriendo y gritando en la plaza antes de que los costarricenses, sorprendidos, comenzaran a disparar. Así se inició el choque, sangriento y feroz como todos los de la guerra a Walker quien, en pocos momentos se apoderó de las casas circundantes. Avanzando hacia el Oeste, sus soldados capturaron un cañón en la calle a medio camino entre la plaza y el cuartel de Mora, pero hasta ahí llegaron. Los costarricenses los detuvieron con lluvias de balas desde puertas y ventanas y desde las troneras que abrieron en las paredes de adobes de las casas en que se para-

petaban.

Francotiradores de ambos bandos en techos y en campanarios —los norteamericanos en la Parroquia y los costarricenses en la iglesia de San Francisco— cobraron numerosas víctimas. Para las once de la mañana, ya Walker estaba claro del fracaso en su intento de desalojar a Mora de Rivas. Y cuando los refuerzos costarricenses comenzaron a llegar de San Juan del Sur y La Virgen, Mora pasó a la ofensiva: por la tarde los costarricenses le pegaron fuego al Mesón de Guerra en el costado occidental de la plaza, sacando de ahí a los filibusteros. La lucha cesó al caer la noche. Protegido por la oscuridad, a la una de la mañana Walker montó en bestias al herido que pudo y en sigilo se retiró de Rivas, dejando al pie del altar en la Parroquia a quince o veinte heridos de muerte. Cuando los costarricenses atacaron al amanecer, sus bayonetas acabaron con los filibusteros que encontraron.

El pilón de cadáveres al pie del altar se sumó a los centenares de muertos en suelo rivense durante las últimas veinticuatro horas. Las bajas costarricenses fueron tan elevadas, que el 13 de abril el Alto Mando en Rivas impuso censura total, prohibiendo el envío de la correspondencia privada a San José. En su informe del 15 de abril, Mora dio la cifra de 110 muertos costarricenses, incluyendo los heridos mortales que aún no habían fallecido, pero pareciera que nadie anotó sus nombres y la lista oficial de los héroes ticos que perdieron la vida en Rivas el 11 de abril de 1856 permanece desconocida hasta hoy. La lista de los heridos (270 nombres, más veinte o treinta que no fueron hospitalizados) la elaboró el mismo 15 de abril el Dr. Carlos Hoffman, Cirujano Mayor del Ejército Costarricense. En su libro, Walker puso las bajas ticas en 200 muertos y 400 heridos.

En cuanto a las pérdidas de Walker, copió el informe del 13 de abril de su Ayudante General: 58 muertos, 62 heridos y 13 desaparecidos, sumando 133 bajas. En su informe del 15, Mora puso las bajas de Walker en, por lo menos, 400 muertos y heridos: los costarricenses contaron 81 cadáveres norteamericanos y por los prisioneros supieron que Walker había echado como 150 muertos en varios pozos, los que Mora mandó a inspeccionar y encontraron llenos de cadáveres.

Aunque en ambos bandos lucharon y murieron nicaragüenses, estas bajas se desconocen.

Los costarricenses quedaron dueños del campo de batalla. No obstante, lo duro del combate les impidió perseguir a Walker, quien regresó a Granada sin problemas, y, al final de cuentas, ganó la batalla con los cadáveres que echó en los pozos: en pocos días, el suministro de agua putrefacta en Rivas desató una epidemia de cólera

morbo que destruyó al ejército costarricense, diezmándolo con su azote y obligando a Mora a retirarse a toda prisa de Rivas, La Virgen y San Juan del Sur. Un destacamento que buscaba posesionarse del San Juan por el río Sarapiquí también se replegó a San José, tras salir herido su comandante el general Florentino Alfaro en combate con los filibusteros en la desembocadura del Sardinal el 10 de abril.

\* \* \*

LA RUTA DEL TRÁNSITO volvió de nuevo a poder de Walker, mientras la peste que sus cadáveres produjeron desde los pozos de Rivas y que los soldados ticos de los restos del ejército llevaron consigo a su patria, causaba en Costa Rica 10,000 muertos, cercenando de tajo toda amenaza contra Walker por el vecino Sur.



Batalla de Rivas, el 11 de abril de 1856.

## 13. Abrazos

LAS TRES REPÚBLICAS centroamericanas al Norte de Nicaragua reaccionaron ante la amenaza de Walker mucho después que Costa Rica. Las distancias y barreras geográficas brindaban a Guatemala, El Salvador y Honduras cierta sensación de seguridad que disminuía la urgencia del peligro. Además, ninguna de la tres repúblicas compartía los designios costarricenses sobre la ruta del canal en el río San Juan, por lo que no tenían ese poderoso incentivo para intervenir.

Guatemala, bajo el presidente vitalicio, capitán general don Rafael Carrera, era el bastión del conservatismo en Centroamérica. Carrera tenía suficientes recursos y se daba perfecta cuenta de la amenaza filibustera, pero encontrándose Guatemala separada de Nicaragua por El Salvador y Honduras, no tenía prisa de embarcarse en una costosa campaña bélica lejos de sus fronteras. El hombre fuerte de Honduras, general Santos Guardiola, subió a la presidencia el 17 de febrero de 1856. Guardiola albergaba recuerdos indelebles de su debate del 3 de septiembre de 1855 en La Virgen y se dice que consideraba invencibles a los yanquis, por lo que no deseaba intervenir en Nicaragua, llegando hasta al extremo de prohibir que en Honduras se hablase mal de los norteamericanos. En El Salvador hubo elecciones y el 12 de febrero de 1856 tomó posesión el presidente Rafael Campo. Campo simpatizaba con los legitimistas granadinos; era respetable por su honradez, pero tímido y sencillo.

Al inicio de la guerra con Costa Rica, a Nicaragua la rodeaban Carrera, Campo, Guardiola y Mora blandiendo una sólida bandera conservadora sobre una alianza en ciernes contra Walker. Dentro de Nicaragua, los patriotas conservadores (serviles, legitimistas o chamorristas) se oponían tenazmente al filibustero. Walker, consciente de esta situación, el 10 de marzo de 1856 lanzó una proclama "A los Centroamericanos", declarando su "enemistad eterna al partido servil y á los Gobiernos serviles de la América-Central". Enseguida, ordenó que las tropas del Ejército de la República usaran la divisa roja en vez de la celeste.

Esta ostentación de los colores liberales y el permiso que luego otorgó de trasladar el gobierno de Granada a León, fueron a propósito para asegurar y reforzar el apoyo leonés a Walker durante la guerra que se avecinaba. El gobierno se trasladó a León el 25 de marzo. El 30, el Presidente Patricio Rivas lanzó una proclama "A los nicaragüenses", declarando que el traslado del gobierno al Depar-

tamento Occidental era para ponerse en contacto más inmediato con los Gobiernos de Honduras, El Salvador y Guatemala, con quienes Nicaragua sólo deseaba “buenas inteligencias y una amistad leal y sincera”. Con esas miras, ya había enviado comisiones para celebrar tratados de alianza y amistad.

Un mes antes, Costa Rica, por su parte, había enviado también un ministro plenipotenciario ante los gobiernos de Guatemala, El Salvador y Honduras, buscando formar una alianza ofensiva y defensiva contra Walker. Urgido por el enviado costarricense y por las noticias de la invasión de Schlessinger a Costa Rica, Carrera finalmente decidió actuar contra Walker. El Consejo de Estado aprobó por unanimidad su decisión en sesión extraordinaria a principios de abril, y Carrera solicitó permiso a El Salvador para el pase de sus tropas hacia Nicaragua. El 15 de abril, El Salvador no sólo otorgó el permiso sino que expresó estar listo a unir fuerzas con Guatemala y propuso que Honduras también enviara tropas.

La vanguardia del ejército guatemalteco, 800 hombres al mando del general Mariano Paredes, salió de la capital el lunes 5 de mayo de 1856. Con las tropas guatemaltecas desfilando por su territorio, el ejército salvadoreño se movilizó, para acompañarlas. El 7 de mayo, el gobierno salvadoreño en Cojutepeque dirigió una nota al Presidente Rivas en León, pidiéndole que rompiera con Walker. Rivas se negó a hacerlo. La brecha entre León y Cojutepeque parecía insalvable. Desde principios de abril, el enviado nicaragüense había tratado en vano de presentar credenciales y su gobierno le había ordenado regresar a León. Naturalmente, las relaciones entre León y Guatemala no eran mejores, y empeoraron más aún cuando el Ministro de Relaciones leonés el 20 de mayo envió un ultimátum a Carrera, exigiéndole que reconociera oficialmente al gobierno del presidente Rivas.

Ése era el panorama que Walker veía al salir de Granada el 31 de mayo a cerciorarse personalmente de la situación en León. El corresponsal del *Picayune* de Nueva Orleans, Charles Callahan, lo acompañó en el viaje y narró las incidencias: el batallón de rifleros salió de Granada temprano en la mañana; Walker y su Estado Mayor, escoltados por dos compañías de batidores, lo hicieron al mediodía y pernoctaron en Masaya, donde el general Domingo de Goicouría (filibustero cubano) cayó enfermo de cólera morbo. Dejando a Goicouría en Masaya, Walker siguió hacia León y, de acuerdo a Callahan, su marcha fue apoteósica. En todas partes la población entera lo recibió con vivas, salvas, cohetes y triquitracas —cuenta el corresponsal.

Al arribo en León, a la 1:30 P.M. del 4 de junio, media ciudad



en español, en armonía con el clima que encontró en la ciudad. Callahan informa que a los leoneses les causó muy buena impresión, y que quienes conocieron lo estudioso que era Walker en Nueva Orleáns no se sorprenderían al saber que ya dominaba perfectamente el español, al punto de que aún sus enemigos más intransigentes lo reconocían y alababan.

Dos semanas después, un corresponsal del *New York Tribune* en Granada describió a Walker, dibujando “a pluma, con tinta, su retrato vivo”, similar o casi idéntico a los otros retratos de Walker que nos han dejado viajeros, periodistas, historiadores, amigos y subordinados —todos contemporáneos del “rey de los filibusteros”:

A primera vista, el general Walker parece un hombre pequeño, pero junto a individuos de mediana estatura se ve ligeramente más alto que ellos. Es decididamente flaco; no hay una onza de carne superflua sobre sus huesos. Aunque de armazón óseo liviano, su aspecto es fuerte y vigoroso. Sus soldados dicen —los que lo han acompañado desde el comienzo de sus aventuras— que nadie lo iguala en resistencia.

Es sumamente laborioso y supervisa personalmente todos los asuntos de la nación. Ordinariamente viste pantalón azul corriente, camisa gruesa de lino, también azul —con dos parches pequeños de franela roja sobre los hombros, que hacen de chareteras— y sombrero de paja. Al sentarse, se desploma en la silla todo desgabado y encorvado. Al verlo sentado, su facha insignificante y el traje sencillo desilusionan a quienes esperan en él dimensiones físicas comparables a su gran fama. Mas cuando viste el uniforme y se anima, su aspecto cambia radicalmente, los hombros se expanden rectos, su estatura parece aumentar por lo menos dos pulgadas y sus ojos grises soñadores le brillan del fuego que les imparte el hombre que llevan dentro.

Su cabeza es más alta que el promedio, algo grande en proporción al cuerpo, y se expande a medida que sube. El cabello es de color claro; la frente ancha y lisa, desarrollada en tal forma que los frenólogos lo catalogarían un idealista, de mente especulativa. La cara es delgada, la nariz ligeramente aguileña, la boca bien formada, expresando gran firmeza, y los labios tienen esa compresión peculiar de los que son fastidiosos y sistemáticos. Los ojos son más bien pequeños, y situados bastante debajo de las cejas. Habla con mucha deliberación, escogiendo cuidadosamente las palabras. Mas cuando se interesa en la conversación y lo arrebató el tema, su entonación es fácil y hasta elegante. Su rostro, sin ser particularmente galán, tiene una expresión intelectual agradable, y el bigote que se está dejando crecer contribuirá dentro de poco a darle garbo a su semblante.

No hay duda de que su ambición es grande; pero su aspecto es el de un escolar sencillo y apocado. Al verlo medio tímido y retraído, nadie sospecha el desesperado coraje que posee ni se imagina que esas manos pequeñas y esos dedos delicados y finos a menudo se han abierto paso con la cacheta de la pistola por entre torrentes de enemigos.

El bozo que los cálidos abrazos de las leonesas hicieron germinar en la cara de Walker, no llegó a crecer. Enseguida rompió con León y su bigotito desapareció de pronto, sin dejar traza.



Walker en su uniforme de comandante en jefe del ejército.

## 14. ¡Adelante!

SIMULTÁNEOS AL recibimiento de Walker en León, ciertos eventos también propicios a su causa ocurrieron en Estados Unidos, tras el arribo el 29 de abril en Nueva York del *Orizaba* con pasajeros y noticias de Nicaragua. Las noticias en primera plana de que millares de costarricenses armados por los ingleses trataban de expulsar a los norteamericanos al grito de guerra de “¡Muerte a todos los yanquis!”, naturalmente despertaron un fervor patriótico a favor de Walker.

Dos pasajeros importantes llegaron en el vapor: el mayor John P. Heiss y el padre Agustín Vijil. Heiss era Mayor en la Milicia de Tennessee además de periodista, Jefe de Redacción del *Washington Union* durante la administración del Presidente James K. Polk y después dueño del *New Orleans Delta*, en el que se identificó con el filibusterismo cubano. A su llegada de Nicaragua, se dijo que el Presidente Pierce lo había enviado a Granada para que regresara a Washington con un representante oficial del gobierno Walker-Rivas. El padre Vijil era ese representante, escogido por Walker y nombrado por Rivas durante la corta estadía de Heiss en Granada. Cuando las noticias de Nicaragua llenaban, pues, los diarios en Nueva York, Heiss iba ya camino a Washington a entregar los despachos del Ministro Wheeler en el Departamento de Estado y una carta de William Walker al senador John B. Weller, de California, partidario de los esclavistas sureños.

Weller habló en el Senado el 1 de mayo, urgiendo el reconocimiento del gobierno Walker-Rivas, y procedió a leer en público la larga carta de Walker mientras los colegas escuchaban atentos, en silencio. En la carta, fechada en Granada el 15 de abril, Walker desplegó su típica línea de propaganda, presentándose como patriota norteamericano en guerra con Costa Rica e Inglaterra, y cuando diversos senadores y congresistas apoyaron la causa de Walker en ambas cámaras, el corresponsal en Washington del *New York Tribune* comentó que Walker no era un filibustero solitario sino un agente en la vanguardia expansionista de la esclavitud. Los amigos sureños de Walker presionaron políticamente para el reconocimiento oficial del gobierno Walker-Rivas. En el gabinete, Jefferson Davis y otros sureños estaban a favor, mientras el Secretario de Estado William L. Marcy encabezaba la oposición. La prensa dijo que Heiss y el Presidente Pierce ultimaron los detalles del recibimiento del padre Vijil en reuniones secretas, sin que se dieran cuenta Marcy ni el secretario

privado del Presidente.

El reconocimiento del gobierno de Walker era muy popular en los estados sureños y occidentales, y los caciques del partido demócrata enseguida agitaron el asunto de Nicaragua, utilizándolo en la campaña electoral del momento. Los demócratas de Nueva York celebraron un Gran Mitin de simpatía para Walker el 9 de mayo, en el que enarbolaron la bandera de Nicaragua y adornaron la fachada del National Hall con letreros iluminados por candilejas: NO INTERVENCIÓN BRITÁNICA EN EL CONTINENTE DE LA AMÉRICA Y ENGRANDECED LOS LÍMITES DE LA LIBERTAD. Se pronunciaron discursos, se leyeron mensajes de apoyo de líderes prominentes del partido, se aprobaron resoluciones apropiadas y se nombró un comité que recibió suscripciones y contribuciones para “Walker y su valiente ejército en Nicaragua”, mientras los concurrentes enardecidos echaban vivas al padre Vijil y mueras al Secretario Marcy. Al día siguiente zarpó el *Orizaba* hacia San Juan del Norte con otro contingente de reclutas filibusteros; en el mástil ondeaba un banderín con la letra “W”, que se dijo significaba “Walker”.

La Convención Nacional Demócrata se reuniría en Cincinnati a principios de junio a nominar el candidato para los comicios de noviembre. Todos los precandidatos presidenciales saltaron a la palestra, en apoyo público a Walker. Con la atención fija en Cincinnati, buscando reelegirse, el Presidente Pierce reconoció al gobierno de Nicaragua del Presidente Patricio Rivas y recibió al padre Vijil el 14 de mayo.

Vijil era un abogado granadino de ideas liberales que se hizo sacerdote por obligación familiar, en cumplimiento de una promesa religiosa de su madre. Siendo cura de Granada durante la guerra civil de 1854, los legitimistas lo bautizaron “Cura faccioso” por simpatizar con los leoneses. En febrero de 1856 escribió un artículo en el periódico de Walker, reiterando los sentimientos que expresara en el mentado sermón del 14 de octubre anterior, viendo en el filibustero al Macabeo de su pueblo, al hombre enviado por Dios “para sojuzgar lágrimas, para curar heridas, y para reconciliar la familia Nicaraguense que jenios inquietos habían dividido”. Al presentar sus credenciales en el Departamento de Estado, su mensaje recapituló la historia trágica de su patria.

La carrera diplomática de Vijil fue corta y amarga. Sus colegas centroamericanos en Washington lo rehuyeron y denigraron en lo que era más importante para él —su sacerdocio. La recepción fría que le brindó el clero católico le dolió mucho; pasaron varias semanas antes de que el Arzobispo de Baltimore le concediera permiso de celebrar Misa. Así, a fines de junio se regresó a Nicaragua, dejan-

do a Heiss en su lugar, confiado quizá en mejores días para su patria tras el reconocimiento del gobierno Rivas-Walker por el Presidente Pierce.

La Convención Nacional Demócrata en Cincinnati adoptó como suyo a Walker el 5 de junio, pasando una resolución de apoyo a su causa. Pero el Presidente Pierce, aunque demasiado temprano para la Historia, había actuado demasiado tarde para Cincinnati: James Buchanan el “filibustero diplomático” ganó la nominación del partido y subiría a la presidencia en las elecciones de noviembre. Buchanan adquirió este apodo el 18 de octubre de 1854 en Ostende, Bélgica, al firmar el entonces famoso Manifiesto de Ostende, repudiado a poco hasta por los mismos EE. UU., urgiendo que Estados Unidos le comprara Cuba a España o se la quitara a la fuerza, si rehusaba vender. Buchanan era entonces embajador en Londres, y el embajador norteamericano en Madrid, Pierre Soulé, esclavista sureño y luego agente de Walker, fue cosignatario del documento.

Mientras tanto, los propagandistas esclavistas movilizaban la opinión pública a favor de Walker en Nueva Orleans al recibirse la noticia de la declaración de guerra de Costa Rica a los filibusteros. En un editorial que abogaba por la expansión de los estados esclavistas, el *New Orleans Delta*, siempre identificado con el filibusterismo cubano, explicó a los lectores que “la causa de Cuba depende de la suerte de Nicaragua, y la suerte del Sur depende de la de Cuba. Ésta es la hora del destino. O vivimos hoy o nos quedamos sin vida. O actuamos o perecemos”.

El 28 de abril se celebró una reunión en el bar del hotel St. Louis para adoptar medidas prácticas en apoyo de Walker. El ya exembajador, y exsenador, Pierre Soulé tomó la palabra, diciendo que Walker necesitaba entre \$200,000 y \$250,000 para poner fin a la guerra mediante la conquista de Costa Rica. No pedía un regalo, sino un préstamo que cancelaría con fidelidad. Tras enumerar las ventajas para los Estados Unidos, el Sur y Nueva Orleans —y por supuesto para Nicaragua y el mundo— el orador pidió papel y tinta y abrió en el acto una lista de suscripciones. Numerosos caballeros acudieron a apuntar sus nombres ofreciendo diversas sumas; se nombró un comité; un comerciante de Nueva Orleans, Mason Pilcher, quedó de tesorero y abrió el libro de cuentas del “Gobierno de Nicaragua —Agente Mason Pilcher”. Para el 6 de mayo se había recogido \$1,348 en efectivo, que el comité utilizó para enviarle a Walker la goleta *Minnie Shiffer* con reclutas, armas y provisiones. Sus 215 pasajeros incluían un regimiento (diez oficiales y 134 soldados) al mando del coronel John A. Jacques, antiguo oficial de la Guardia Nacional de Louisiana, que llevaba 325 rifles y fusiles, no-

venta barriles de pólvora, plomo en proporción y centenares de revólveres y cuchillos.

Otra reunión de los “Amigos de Nicaragua” atrajo dos mil personas el 20 de mayo. Los oradores repitieron a la entusiasta concurrencia las “consecuencias desastrosas para Nueva Orleans” si Walker fracasaba en Nicaragua. Otra vez se aprobaron “resoluciones patrióticas encomiables” y se recogió dinero y enseguida salieron en procesión con una banda de música a las oficinas del diario *Crescent*, a vitorear el periódico que había sido de Walker y que fue “el primero en apoyar la causa del gobierno de Rivas-Walker en el Sur y probablemente en el país entero”. Al día siguiente se organizó una compañía de tres tenientes, un sargento y treinta y seis rasos bajo el capitán Robert Ellis, quienes zarparon de Nueva Orleans el 23 de mayo en el *Daniel Webster*, que los dejó en San Juan del Norte y prosiguió a Aspinwall.

El reconocimiento del padre Vijil por el Presidente Pierce le dio ímpetu a la causa “nicaragüense” de Walker. El Sur se movilizó. Los mitines en pro de “Nicaragua” proliferaron en las ciudades sureñas: en el 17 de mayo en Nashville, por ejemplo, al que asistió una enorme concurrencia, los notables de la ciudad, sin distingo de partido, aprobaron resoluciones laudatorias en pro de Walker.

Al calor de tal campaña, centenares de aventureros partieron de las ciudades sureñas a Nicaragua, vía Nueva Orleans. Como 150 salieron de Louisville en el *Sultana* el 22 de mayo, al mando de coronel Jack Allen (ya 75 habían salido en los días anteriores), 150 se les unieron en Owensboro y otros tantos en Henderson, Kentucky, río abajo. Los “intrépidos y fornidos cazadores de Kentucky”, justo el tipo de reclutas que Walker necesitaba, arribaron en Nueva Orleans el 29 de mayo y por la noche celebraron un mitin en el que hubo magníficos discursos pero se recogió muy poco dinero. Muchos de los “emigrantes” iban sin un centavo en la bolsa y no pudieron conseguir en Nueva Orleans los fondos necesarios para continuar el viaje. En consecuencia, casi todos se regresaron a Kentucky; sólo los que tenían fondos propios se quedaron en Nueva Orleans con el coronel Allen, para viajar a Nicaragua en el siguiente barco.

El agente Mason Pilcher pagó \$1,800 por el pasaje de sesenta y cuatro reclutas de Louisiana; otros sufragaron los pasajes de diez reclutas de Tennessee y seis exiliados cubanos. Junto con veinticinco Cazadores de Kentucky formaron un batallón de 105 soldados para el ejército de Walker. Zarparon de Nueva Orleans el 7 de junio en el *Granada*, el que los dejó en San Juan del Norte y prosiguió siempre a Aspinwall. Veintisiete tejanos al mando del capitán Andrew J. Turley y otros nueve emigrantes, partieron de Nueva Orleans a Nicara-

gua en el *Daniel Webster* el 22 de junio. En total, los barcos *Minnie Shiffer*, *Daniel Webster* (dos viajes) y *Granada* llevaron como 400 “emigrantes” a Nicaragua durante mayo y junio de 1856; sumados a unos 100 que llevó de Nueva York el *Orizaba*, en esos dos meses 500 norteamericanos entraron por San Juan del Norte a engrosar las filas de Walker.

El 2 de junio arribaron a Granada los 200 reclutas de Jacques y Ellis, con vistosos uniformes y bien armados. Su arribo, y la noticia que dieron de la recepción del padre Vijil, causaron entre los norteamericanos “inmensa alegría. Los cañones dispararon andanadas de salvas en la plaza y las campanas repicaron alegres a vuelo”. Los recién llegados eran “los ‘libertadores’ más fuertes y mejor armados llegados al país desde el advenimiento de Walker”. Encontraron una Granada desolada por la guerra —parte de la ciudad destruida por los bombardeos en la lucha intestina del 54. De sus habitantes quedaban casi sólo mujeres y niños; Walker andaba en León con el estado mayor, y con el grueso de las tropas se preparaba a repeler una invasión de los ejércitos de los estados vecinos del Norte, que se decía marchaban a atacarlo con 4,000 hombres.

El coronel Jacques salió de inmediato para León en mula, a ponerse a las órdenes de Walker; su batallón quedó en Masaya al mando del capitán Thomas Henry y él prosiguió a toda prisa acompañado de Goicouría, ya convalesciente. Acababa Walker de llegar a León el miércoles 4 de junio cuando Goicouría y Jacques, le dieron la misma tarde, las noticias del recibimiento del padre Vijil por el Presidente Pierce en Washington y del arribo en Granada de 200 reclutas —la vanguardia del torrente de refuerzos que después le lloverían del Sur.

Ese día determinado por el destino, en el que noticias trascendentales se sumaron a los abrazos, salvas, repiques, canciones y poemas del apoteósico recibimiento en León, Walker se convenció de que era llegada la hora de apartar a don Patricio y tomar posesión en persona como Presidente de Nicaragua. Al día siguiente le pidió la renuncia a Rivas. Don Patricio se negó a renunciar. Walker entonces le pidió a Goicouría que trabajara con los líderes leoneses para asumir él la presidencia de la república. Goicouría se lo propuso a Jerez el 6 de junio y Jerez se opuso airado. El cubano enseguida mandó citar a varios notables a una reunión en la que les hizo saber que convenía el que Walker fuese Presidente. El 9 de junio, en conversación privada con el Ministro de Relaciones, Goicouría le reveló que la propuesta de Walker para presidente no era obra suya sino de Walker mismo.

Simultáneamente, el 6 de junio Walker se presentó ante el Ga-

binete para que le aprobasen las bases de un empréstito de \$250,000 por ciudadanos norteamericanos, hipotecando las mejores tierras de la república a razón de cuatro reales acre. El Presidente Rivas y sus Ministros se negaron a acceder. Al día siguiente Walker se presentó de nuevo ante el Gabinete con la misma propuesta, con igual resultado. Entonces pidió poderes omnímodos para confiscar los bienes de los enemigos (los legitimistas), vendérselos a capitalistas norteamericanos y con ese dinero pagar a sus soldados lo que se les debía. Rivas y sus Ministros le dijeron que no.

El 9 de junio en la noche Walker visitó a don Patricio en su casa y trató de persuadirlo a que renunciara la presidencia antes que se lanzase sobre él el *Chelón Valle*, quien estaba listo a botarlo bajo el pretexto de no tener sueldo en moneda corriente la tropa norteamericana. Cuando Rivas continuó negándose a renunciar, Walker, en presencia de Jerez, le intimó que al día siguiente debía abdicarle el mando, o él lo tomaría por la fuerza.

El 10 de junio, Goicouría se presentó ante el Gabinete con dos solicitudes perentorias de Walker: que le otorgasen a Goicouría los poderes para el préstamo y que se convocase al pueblo a elecciones directas de Presidente. Para soslayar la dificultad del momento, el gobierno de Rivas por último aparentó ceder mientras en realidad continuaba rechazando con firmeza las pretensiones inadmisibles y usurpadoras de Walker. Se redactó un decreto de elecciones que en sí contenía la imposibilidad de llevarlas a cabo; fuera del propósito firme que se tuvo de revocarlo antes que comenzaran a realizarse, y en efecto se revocó gubernamentalmente cuatro días después de su emisión, cuando aún no había circulado en los departamentos. En seguida se redactaron los poderes a Goicouría relativos al empréstito, pero reducidos en último análisis a formar un arreglo en virtud del cual debiera crearse una comisión que, a su tiempo, fuese nombrada por el gobierno para que por ella se expendiesen los bonos del empréstito, de suerte que nada existiera hasta su nombramiento; y se tuvo igualmente el propósito de revocar en tiempo oportuno los poderes, los que de hecho se revocaron por acuerdo oficial pocos días después.

Walker partió de vuelta a Granada al amanecer del día 11, escoltado por los batidores y 200 soldados leoneses, dejando en León al coronel Bruno von Natzmer con 200 rifles norteamericanos y unos cuantos soldados del país. Con Walker ya lejos, los miembros del gabinete, Mariano Salazar y otros líderes propagaron por la ciudad los detalles de las pretensiones e imposiciones del filibustero, y esa noche comenzó a sentirse una grave exaltación del pueblo. El 12 en la mañana Natzmer se apoderó del cuartel Principal; los soldados

del país se retiraron y dispersaron. El Presidente Rivas y sus Ministros abandonaron en carrera la Casa Nacional al recibir noticia de que Natzmer intentaba prenderlos; huyeron a esconderse en las haciendas y huertas vecinas y el 13 aparecieron en Chinandega. Del 14 en adelante, el gobierno de Rivas en Chinandega se dedicó a abrir relaciones y sostener pláticas con las hermanas repúblicas centroamericanas y con los ejércitos aliados de Guatemala y El Salvador, que ya se encontraban en la frontera nicaragüense; declaró traidor a Walker; revocó los poderes fictos dados a Goicouría; anuló el decreto de elecciones de Presidente; y reunió las fuerzas que pudo para defenderse de un posible ataque de Walker y para sacar de León a los rifleros de Natzmer.

\* \* \*

EL ROMPIMIENTO del gobierno de Rivas con Walker era ya total, y don Patricio le echó toda la culpa al filibustero. En una nota del 14 de junio, lo explicó diciendo: "Walker vino a León con pretensiones tan atrevidas que fueron bastante para desvanecer el buen juicio que equivocadamente habíamos formado de él. Pretendió usurpar el poder público, queriendo que el actual Gobierno le diera su puesto"; por consiguiente, "dirigimos comunicaciones a los gobiernos de los Estados, uniendo nuestras fuerzas a las de ellos para librarnos de esa canalla".

Walker, a su ingreso a Granada, recibió carta de Natzmer informándole que Rivas y sus Ministros habían escapado a Chinandega. De inmediato ordenó al coronel Jacques, en Masaya, que se preparara a marchar; y el 14 de junio Jacques y los batidores marcharon con Walker a Managua y de ahí hacia León. En Nagarote, en el camino entre Managua y León, Walker recibió carta de Natzmer informándole que Jerez, el Ministro de Guerra, le había ordenado retirar a los rifleros de las torres de la catedral. Walker le ordenó a Natzmer replegarse a Nagarote. Al llegar Natzmer, Walker marchó con el ejército de regreso a Managua, dejando el Departamento Occidental (León y Chinandega) en manos del Presidente Rivas y sus fuerzas del país. El general José María *Chelón* Valle y el coronel Mateo Pineda, que acompañaban a Walker, permanecieron con él.

## 15. Presidente

ABUSANDO FLAGRANTEMENTE sus poderes de Jefe del Ejército, Walker, en cuanto entró en Granada el 20 de junio, nombró de facto a Fermín Ferrer “Presidente Provisorio de la República” mientras se realizaran las elecciones convocadas por el decreto del 10 de junio, que el Presidente Rivas ya había anulado el 14, y que Walker ahora declaraba, por sí y ante sí, “vijente en todas sus partes”. Walker asimismo declaró nulos y de ningún valor todos los decretos, acuerdos y órdenes del Presidente Rivas desde el 12 de junio en adelante. Finalmente, les previno a “nativos ó extranjeros”, que quienes suministrasen a Rivas “cualquiera clase de auxilio ya por medio de empréstitos ó contratos mercantiles, serán considerados como traidores á la Patria y juzgados conforme á las leyes marciales”. El mismo 20 de junio lanzó una “Proclama al Ejército”, en inglés, y al día siguiente un “Manifiesto a los pueblos de Nicaragua”, en español, anunciando que “el pasado Gobierno Provisorio [del Presidente Rivas] no merece mas existencia. En nombre del pueblo, he por consiguiente declarado su disolucion, y he organizado un nuevo Gobierno Provisorio, mientras que la Nacion ejerza sus derechos naturales eligiendo sus propios gobernantes”.

Las decisiones ilegales de Walker se ejecutaron al instante. Su Presidente Provisorio Ferrer tomó posesión en cuestión de horas —el sábado 21 de junio de 1856— y “el pueblo”, por arte de magia, eligió a Walker Presidente de Nicaragua en los siguientes tres días: en la farsa electoral del 22 al 24 de junio, los sufragios de las Segovias, Matagalpa, Chontales y el Departamento Occidental fueron amañados en su totalidad en Granada, y los “comicios” en la nación entera eran sólo un simple tejido de mentiras y fraude. Uno de los propios filibusteros de Walker consignó cómo se hizo aquel truculento embuste:

La reciente elección presidencial se verificó al estilo californiano, relleno de urnas, y no cabe duda de que la elección de Walker fue fraudulenta. Todos sus soldados votaron, en violación a la ley. Mas no se contentaron con votar una vez, sino que muchísimos votaron veinte y más veces. Y tras esa multiplicación de sufragios, los cómputos que hicieron en Granada las autoridades electorales fueron todos imaginarios. En algunas localidades resultaron más votos que habitantes, incluyendo mujeres y niños. Fue un abominable ultraje a los derechos de los nicaragüenses.

El “Presidente Provisorio” Fermín Ferrer enseguida declaró a William Walker “Presidente Electo de la República” y fijó la toma de posesión para el sábado 12 de julio. En el lado Oeste de la plaza erigieron una plataforma cubierta con techo de lona, alfombrada y adornada con flores; enfrente ondeaban las banderas de Estados Unidos, Francia y Nicaragua; y encima, la Estrella Solitaria de Cuba...

El sábado a las 11 de la mañana las tropas de Walker desfilaron en la plaza con la banda de música al frente, marchando en columnas, saludaron a las banderas de las grandes naciones en el costado occidental de la plaza y luego a las Barras y Estrellas frente a la residencia del Ministro Wheeler. Al pasar frente a la casa de Ferrer, éste con su séquito y luego Walker con el suyo se unieron a la procesión filibustera. Ambos presidentes marcharon juntos a la plataforma, escoltados por varios centenares de soldados norteamericanos en formación militar, con los oficiales a la cabeza.

Dos nicaragüenses (el “presidente” títere Ferrer y un “obispo” imaginario) y dieciocho extranjeros (Walker, Wheeler, Callahan, Estado Mayor y oficiales del ejército) subieron a la plataforma y se sentaron “en cómodos asientos”. Ferrer leyó un discurso en español y Charles Callahan lo tradujo al inglés: le dijo a Walker que “el pueblo libre de Nicaragua que os eligió se promete sinceramente óptimos frutos de vuestras tareas: creemos recojerlos en abundancia y columbro vuestra fama, lanzandose á la prosperidad, con puro lampo de una memoria inmortal”. Walker se arrodilló sobre un cojín y Ferrer le tomó la promesa de ley en español. En seguida Walker dijo su discurso en inglés, en voz clara, firme, llena de confianza. Un cubano, el teniente coronel Francisco Alejandro Lainé, lo tradujo al español. Se hizo un saludo de 21 cañonazos; se cantó un solemne te deum en La Parroquia; Walker marchó en procesión con la tropa por las principales calles de la ciudad al compás de la banda de guerra, y sus soldados lo escoltaron hasta dejarlo a las 2 de la tarde en su residencia. Oficiales y amigos entraron a felicitarlo, descorcharon champán y como cincuenta invitados se quedaron al banquete.

Fue un banquete digno de la ocasión y de los tiempos —un banquete militar. Walker prohibió los licores fuertes en su mesa; sólo se sirvieron vinos en el banquete presidencial, pero el champán que chispea corrió en abundancia y los brindis fluyeron en sucesión al quitarse los manteles. Naturalmente, se abrió la tanda con el panegírico del caso: “General William Walker, Presidente de la República de Nicaragua —el sabio, caballero y soldado, quien atendiendo a los ruegos de la humanidad pisoteada y oprimida, vino a Nicaragua a la cabeza de sus invencibles cincuenta y seis y fundó el núcleo de

una gran república”, y luego la banda de música prorrumpió en: “Ved venir al héroe conquistador”. Walker correspondió parcamente ofreciendo un brindis al Presidente de los Estados Unidos.

El Ministro Wheeler le dio las gracias en nombre de Pierce y al referirse a Walker dijo: “—al igual que Aristo anotó de su héroe— que la naturaleza rompió el molde en que lo hizo; pues sería en vano buscar a alguien superior a él”. Cuando Wheeler de seguido brindó a “la urna electoral”, una voz añadió “a la caja de la banda”, y entre risas y aplausos la banda tocó “Mece la cuna, Lucy”. Hornsby brindó “al Tío Memo”, entre más risas y aplausos desbordados, y agregó otro “al Tío Sammy”. Le siguieron dos nativos: Ferrer felicitó “a nuestros hermanos de los Estados Unidos que nos vienen a enseñar el arte del autogobierno, en conexión con William Walker, nuestro paladín en la guerra, nuestro protector en la paz”; y el coronel Mateo Pineda resucitó “la memoria de Washington; que la administración de Walker tenga el mismo éxito”. Los brindis y los discursos se sucedieron; las palabras finales de Walker aludieron a “las cenizas de Cristóbal Colón —que yacen en la catedral de la Habana— pertenecen a América y no a Europa”; Lainé le agradeció, en nombre de Cuba, y Byron Cole puso broche de oro a los festejos con “La estrella de William Walker —que sus rayos brillen no sólo sobre Nicaragua”, y entre vítores y aplausos “el presidente se levantó de la mesa seguido de todos los presentes”.

“El primer acto de la más asombrosa de las historias quedó así consumado”. En esa forma concluyó lo que el periódico de Walker, *El Nicaraguense*, llamó “la toma de posesión del primer presidente americano de Nicaragua”. El portavoz de Walker infló las cifras de los dignatarios con “autoridades municipales”, “cónsules extranjeros” y “oficiales de la marina” anónimos; convirtió a la parroquia en catedral; e inventó un obispo para que acompañara a Walker en el estrado y cantara el tedeum en la iglesia. Los comicios, la toma de posesión y la crónica periodística son una sola pieza fraudulenta. El proceso entero fue una farsa en Granada —el primer acto de la ilegal “presidencia de Walker”, desde el inicio todo un tejido de mentiras contradictorias.

El amigo íntimo Edmund Randolph se perdió de la toma de posesión, pues andaba en Nueva York por motivos de salud a la vez que atendiendo los asuntos de Walker con Heiss y Morgan. Domingo de Goicouría tampoco estuvo presente; salió de Granada a fines de junio para Londres, enviado por Walker a Inglaterra y Francia (en Nueva Orleáns le traspasó sus poderes ya revocados para “el empréstito” a Mason Pilcher, encargándole conseguir fondos lo antes posible).

Junto con una nueva remesa de reclutas, varios pasajeros de Nueva York llegaron a Granada a principios de julio; entre ellos, el padre Vijil, Appleton Oaksmith, el general William Leslie Cazneau y su esposa Cora Montgomery (su pseudónimo de escritora). Además de filibustero en el Caribe, Cazneau era un emprendedor hombre de negocios; Cora, la filibustera por excelencia, comenzó su carrera de espía en México durante la guerra.

Appleton Oaksmith tenía fama de ser un hombre muy rico, con valiosas conexiones en los círculos mercantiles y políticos norteamericanos. Era hermano del Agente Comercial de Estados Unidos en Haití, y dueño de varias embarcaciones que transportaron filibusteros y armas en el Caribe en 1854 y 55. El 16 de julio de 1856, Walker lo nombró Ministro residente en Washington en substitución del padre Vijil. El nombramiento formó parte de una serie de decretos para el control completo y la transformación total de Nicaragua —la destrucción de la nacionalidad nicaragüense hasta el punto de comenzar por suplantar el idioma. Según expresa el mismo Walker: Desde el comienzo de su “Administración” se empeñó en reorganizar no sólo el Estado sino también la familia y el trabajo; no trató de modificar la forma secundaria del cristal, sino que también quiso cambiar de raíz su naturaleza primaria. Para ello, emitió estos decretos:

14 de julio. —Decreto ordenando que todos los decretos, acuerdos y órdenes deberán ser en español e inglés; que todos los negocios públicos serán atendidos ya sea en inglés ya en español, siendo de tanto valimento todo documento que se escriba en uno u otro idioma.

16 de julio. —Decreto confiscando todas las propiedades raíces, muebles o semovientes de todo ciudadano que haya auxiliado a los enemigos del Estado o haya sido declarado traidor por el gobierno.

21 de julio. —Decreto nombrando Jueces de Primera Instancia que tendrán jurisdicción en todos los casos donde se disputa el título o la posesión de terrenos.

22 de julio. —Decreto autorizando a Appleton Oaksmith a negociar un empréstito de dos millones de dólares en Estados Unidos, dando en garantía los terrenos públicos (2,304,000 acres) en la Provincia de Matagalpa.

Walker lo explica sin ambages en su libro *La Guerra en Nicaragua*: “El decreto autorizando el uso de ambos idiomas tenía por objeto el hacer que las tierras del Estado cayeran en manos de los que hablan inglés”; al igual que los demás decretos... Para su cumplimiento, Walker puso filibusteros de confianza en los puestos claves:

el Archivero e Intérprete oficial, el Subsecretario de Hacienda a cargo del Ministerio, los Comisionados a cargo de las confiscaciones, el Alguacil, los Jueces de Primera Instancia y los Archiveros en el Departamento Oriental y en el Meridional (la extensión total de los dominios de Walker) eran todos filibusteros.

El titular de Hacienda de Walker renunció a fines de julio, reduciendo su gabinete a dos nicaragüenses: Fermín Ferrer y Mateo Pineada, los oradores nativos del banquete. De hecho, los subsecretarios filibusteros eran el “Gabinete”; y de ahí para abajo: el Fiscal general de Hacienda, el Administrador de Aduanas, el Prefecto del Departamento Oriental y el del Meridional y el “Gobernador de policía” de Ometepe eran también filibusteros.

El Ministro norteamericano John H. Wheeler colaboró sin disimulo con el despojo. El 19 de julio reconoció oficialmente al “Gobierno de Nicaragua” de Walker en un ceremonial celebrado en familia con el general Cazneau, Cora Montgomery, “un brillante conjunto de oficiales” y otras damas, ciudadanos y soldados norteamericanos. La pandilla de extranjeros marchó en procesión de la Legación Americana a la “mansión presidencial” de Walker y, como símbolo apropiado de la situación, hasta la bandera nicaragüense iba en manos de un sargento norteamericano del ejército filibustero.

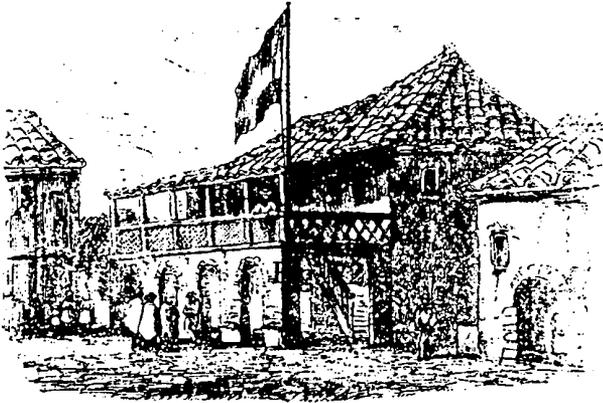
William Kissane Rogers (apodado *Confiscador General de la República* por el pueblo) no portaba la bandera por tener las manos llenas y ocupadas, saqueando el país para Walker; sus antecedentes delictivos en Estados Unidos lo hacían el sujeto idóneo para confiscador. Kissane llegó a Nicaragua directo del presidio de Sing Sing el 2 de febrero de 1856; Walker, al instante, le dio galones de Mayor en el ejército y lo encargó de la Proveeduría con el título de Comisario. Después lo ascendió a Subsecretario de Hacienda y Comisionado en jefe de las confiscaciones. El Comisario Kissane fue el terror de los finqueros, despojándolos de su maíz, ganado, bestias y cuantas provisiones quiso, pagando todo con “vales” sin valor. Al ser nombrado Confiscador en Jefe, le tomó un par de semanas elaborar la lista inicial de las propiedades sujetas a confiscación —cincuenta y seis fincas y veintiuna casas pertenecientes a treinta y dos relevantes familias nicaragüenses. Y a medida que creció la lista, cincuenta y siete familias más fueron despojadas.

Kissane les puso precios para subastarlas y recoger fondos para Walker: desde \$200 a una huerta en las goteras de Granada, del presidente legitimista José María Estrada, hasta \$50,000 a la hacienda de cacao Las Mercedes cerca de Nandaimé, de la familia Chamorro. Enseguida anunció que la subasta pública de más de 100 fincas y casas confiscadas se efectuaría en la Plaza de Granada

el 1 de enero de 1857 (como remate premonitorio del nuevo año). Condiciones: Efectivo o Vales del ejército. Al aceptar vales en pago, Walker maquinaba convertir a sus filibusteros en los nuevos terratenientes, desplazando a los nativos.

Al anunciarse, a principios de agosto, las primeras confiscaciones en Granada, el emprendedor hombre de negocios y filibustero norteamericano William Leslie Cazneau firmó un contrato de colonización con Walker para introducir mil colonos norteamericanos en Nicaragua, quienes recibirían ochenta acres de tierra cada uno. En el mismo acto Walker le vendió a Cazneau la isla de Zapatera, la más grande después de Ometepe en el Lago de Nicaragua y casi frente a Rivas y Granada.

Los esfuerzos de Randolph, el arreglo con Garrison, la misión de Goicouría, el empréstito de Pilcher, las confiscaciones de Kissane, el contrato con Cazneau, la venta de Zapatera, el nombramiento de Oaksmith y la hipoteca de Matagalpa, fueron los principales primeros pasos del “Presidente” Walker para la “americanización” de Nicaragua. Todo formaba parte de su plan maestro para, aparentando apenas modificarlo, cambiar el cristal —es decir: la transformación radical de Nicaragua, convirtiéndola en la base de su sueño Imperio Sureño esclavista del Caribe.



Residencia de Walker.

## 16. Conquista

AL CUMPLIR WALKER su primer mes como “Presidente” de Nicaragua, *El Nicaraguense* informó que era sorprendente la rapidez con que Granada tomaba el aire y la apariencia de una ciudad norteamericana. Echados los nativos de sus hogares, los hombres blancos del Norte estaban apoderándose del país. De acuerdo al periódico de Walker, la ola era irresistible:

...veremos un nuevo torrente de emigrantes, que vendrán en esta dirección. Los hombres que han luchado hasta poner al Oeste en su posición actual, los que han avanzado en la vanguardia de la civilización hacia el Norte, Sur, oriente y occidente, los que han empujado para atrás a la selva y a los indios, esos hombres vendrán a Nicaragua y aquí veremos, y ella nos dirá, que ellos no han olvidado su vieja misión de extender los dominios de la recia raza americana.

El Destino Manifiesto en Nicaragua, racista hasta la médula, había resonado antes en Texas y California, la conquista era su meta y el triunfo era seguro, porque en los ojos de Walker:

...Los americanos en este país saben ... que la empresa no puede fallar. Sienten que en fuerza física pueden fácilmente vencer a todos los que se les opongan, y que moralmente son superiores a sus adversarios, como individuos y como raza, en forma casi irresistible.

...Podríamos añadir, en verdad, que el americano más ignorante tiene más inteligencia innata que la que la educación pueda jamás impartir a los indios o a los mestizos centroamericanos subdesarrollados.

En las tertulias semanales del Ministro John H. Wheeler en la Legación, los filibusteros y las damas norteamericanas en Granada “se divertieron en la forma sana chapada a la antigua, peculiar de los americanos”. Se esperaba que las muchachas nicaragüenses asistieran a las veladas, pero tras varias semanas ninguna había hecho acto de presencia. El Presidente Walker dio su primen recepción el 9 de agosto. *El Nicaraguense* dijo que hablan asistido “señoritas españolas” y “miembros de casi todas las familias españolas residentes en la ciudad”; pero no mencionó un solo nombre. “El Presidente no bailó, desilusionando a muchas de las presentes, sino que se limitó a conversar amablemente con quienes buscaron la honra de su compañía”. En la segunda recepción de Walker, el 30 de agosto, “las da-

mas y los caballeros nativos asistieron en mayor número”. No obstante, el periódico identificó sólo a dos caballeros (los Ministros de Walker) y una dama: “la respetable y venerable matrona Madama Selva”.

Doña Sabina Selva era una mujer muy particular, la única nicaragüense a quien Walker consideró leal en su amistad con los norteamericanos. Premió esa lealtad el 12 de agosto, nombrándole al hijo Pedro Yginio, Secretario de la Legación en los Estados Unidos. Pedro Yginio, el general Cazneau y Cora Montgomery zarparon juntos de Granada en *La Virgen* el 20 de agosto y llegaron a Nueva York en el *Cahawba* el 30; el Ministro Oaksmith había partido antes, vía Nueva Orleáns.

El 20 de agosto llegó a Granada Pierre Soulé. Durante los siguientes diez días visitó haciendas y pueblos en los alrededores, tuvo varias conferencias con Walker y el 30 se anunció que había comprado en \$50,000 la hacienda Las Mercedes (La propiedad más valiosa en la lista confiscatoria de Kissane), y traería a su familia a vivir en Nicaragua, Partió de Granada el 2 de septiembre, regresando a Nueva Orleáns acompañado del coronel Thomas Fisher y otro reclutador filibustero.

Ya entrado septiembre, los batidores filibusteros se aventuraron hasta las cercanías de León sin encontrar tropas enemigas. A Granada llegaban informes de que el cólera morbo había aniquilado a los ejércitos aliados de Guatemala y El Salvador. El optimismo megalómano de Walker se manifestaba descomunal, como puede verse en su editorial del 6 de septiembre en *El Nicaraguense*, “No existe la palabra fracaso”:

...La batalla no es del numéricamente más fuerte, sino de quienes combinan el talento con la fuerza. El ejército es una máquina poderosa que produce los mejores resultados cuando la maneja un ingeniero inteligente. No fue por el combate, sino por su estrategia, que Washington venció a las huestes de Cornwallis; al igual que el general Scott triunfó en México; al igual que el general Walker triunfará al final de cuentas en este país; y como ningún general jamás ha hecho tanto con tan poco como él, auguramos que cuando tenga disponibles recursos adecuados, su carrera opacará en brillo a los triunfos más espléndidos engendrados por el genio humano.

No sea que vaya a creerse que deseamos bamizar la verdad, repasemos la historia. Veamos cómo Leónidas, con trescientos hombres, mató en tres días veinte mil persas y contuvo a los millones de bárbaros de Jerjes. Veamos cómo Alejandro, con apenas suficientes hombres para guarnicionar una ciudad, disper-

só las huestes de Darío y en el corto espacio de un lustro conquistó el mundo entero de su época; y cómo lloró porque no habían más mundos que conquistar. Veamos cómo César, con un par de legiones de galos, hincó de rodillas a la altiva ciudad de las Siete Colinas —la árbitra de los destinos del mundo. Veamos cómo una simple aldeana —la doncella de Orleans— liberó a Francia en vísperas de su destrucción, derrotó a los orgullosos ejércitos de Inglaterra y restauró en su trono al legítimo monarca de su patria. Veamos lo que hizo Cromwell, un Napoleón, un Washington, y reflexionemos luego sobre lo que Walker no pueda hacer.

Es locura hablar de fracaso ni de la interrupción o suspensión del progreso de una nación o de los destinos de una raza que ha hecho tanto como la nuestra. Lo único que necesita es la oportunidad de actuar y el hombre que la dirija; y entonces, es imposible que fracase en el gran designio para el que fue creada, así como es imposible que la tierra por sí sola se salga de la órbita en que originalmente la lanzó el Gran Arquitecto del Universo.

Los actos arbitrarios del “Presidente” Walker le alienaron a los últimos liberales que lo apoyaban. Fuera de Ferrer, Pineda y como cuarenta combatientes que lo siguieron hasta el final, para agosto de 1856 la nación entera se le oponía; hasta el *Chelón* Valle lo abandonó, emigrando a El Salvador. De ahí en adelante millares de nicaragüenses perderían la vida en la lucha para expulsar al tirano extranjero. Los primeros cuatro cayeron en Masaya el 30 de julio: Felipe Pérez, Domingo Antonio Berroterán, Moisés Avendaño y Desiderio Calvo, fusilados sumariamente en la plaza cuando los sorprendieron ayudándole a escapar a un filibustero; el supuesto “desertor” resultó espía de Walker, y los cuatro patriotas masayas además de la vida perdieron su dinero, el cual se repartieron los norteamericanos que los capturaron. Veinte rifleros filibusteros asesinaron a los cuatro nicaragüenses. Las víctimas habían cometido el “crimen” de ayudarle a escapar del reino de Walker a un norteamericano.

Aunque el “Presidente” Walker llamaba a sus tropas “Ejército de Nicaragua”, era en realidad un ejército norteamericano de ocupación. El 1 de agosto de 1856 tenía entre 1,000 y 1,200 hombres —norteamericanos todos— al mando de 135 oficiales: un General (Walker), dos Generales de Brigada (Hornsby y Fry), diez Coronales, cinco Tenientes Coronales, once Mayores, cuarenta y dos Capitanes y sesenta y cuatro Tenientes. Todos los oficiales eran extranjeros: uno alemán, cuatro cubanos y 130 norteamericanos. El Primer Batallón de Rifleros y el Segundo Batallón de Infantería fortificaban Masaya; dos compañías acuartelaban en Managua y el resto del

Ejército ocupaba Granada, Rivas y la Ruta del Tránsito. Los Batidores habían avanzado una vez, a mediados de julio, hasta las rondas de León, pero una lluvia de balas los obligó a retirarse a Granada. El 16 de julio, un destacamento de Infantería pasó de La Virgen a Ometepe a sofocar una rebelión indígena. En procura de mantener sometidos a los indios, el 19 de julio Walker nombró a un norteamericano "Gobernador de policía para la Isla de Ometepe".

Para librar la guerra contra los ejércitos aliados de Guatemala y El Salvador que comenzaron a llegar a León ese mismo julio, Walker emitió el 4 de agosto, un decreto declarando en bloqueo todos los puertos de Centroamérica en ambos mares, a excepción de San Juan del Norte y del Sur. Para hacerlo efectivo, contaba con la fuerza marítima de la República: un barco de vela en el Pacífico. Don Mariano Salazar había comprado la goleta costarricense *San José* hacía un año. Luego se la vendió a su capitán norteamericano. Cuando la goleta llegó a San Juan del Sur en junio de 1856 con \$6,000 en mercancías, Walker se apoderó del barco y la carga, alegando que pertenecían a Salazar y reclamándolos como botín de guerra. Los documentos navieros, debidamente autenticados por los cónsules norteamericanos en El Realejo y San Juan del Sur, probaban que el barco y la carga pertenecían al capitán; pero eso no sirvió de nada, pues el Ministro Wheeler apoyó a Walker. Rebautizada *Granada* y armada como barco de guerra la goleta, al mando del teniente Callender Irvine Fayssoux y con el "Comodoro de la Marina Nicaragüense" Julius DeBrissot a bordo, navegó por la costa del Pacífico. El 28 de julio, en el Golfo de Fonseca, capturó una lancha en la que viajaba don Mariano Salazar; a don Mariano lo apresaron con su esposa, cartas y papeles y \$319 en la bolsa.

Entre los papeles de Salazar, iba el nombramiento del diplomático guatemalteco don Antonio de Irisarri en substitución del padre Vijil como Ministro en Washington del gobierno del Presidente Rivas; también una carta del vicecónsul inglés Thomas Manning a un amigo en San Miguel, El Salvador, en la que Manning expresaba su antagonismo a Walker. DeBrissot rápido largó velas hacia San Juan del Sur y al amanecer el domingo 3 de agosto entregó a su prisionero en Granada. Walker visitó a Salazar en el calabozo esa mañana; un testigo presencial narró la escena en la primera plana del *New York Times* del 24 de noviembre:

Salazar al comienzo creyó, lógicamente, que la visita de aquél a quien había brindado su amistad conduciría a su inmediata liberación; ya iba a abrazarlo calurosamente, cuando lo congeló el ominoso silencio de Walker. Decepcionado, pero sin alarmarse aún, le narró que lo habían capturado cuando iba a San Salvador a visitar a

su esposa y a sus niños. Mientras hablaba, el ominoso silencio continuó igual —igual la mirada sombría y lúgubre: el ángel de luz encarnaba ahora en el ángel de las tinieblas.

“¿A usted no se le va a ocurrir asesinarme?” preguntó Salazar nervioso. “Acuérdese de nuestras antiguas relaciones —acuérdese de mi esposa y mis hijitos, a quienes privé de fortuna para favorecer los intereses de usted”. Walker no se dignó contestar una sola palabra; los ardientes rayos solares que penetraban por la ventana del calabozo, iluminaban su semblante lívido e inmóvil, como si fuera una estatua de descolorido mármol.

Abrumado por el temor, Salazar rogó y suplicó; prometió exiliarse de por vida y entregar hasta el último centavo que poseía, con tal de volver a su familia para dedicar el resto de sus días a su mantenimiento. Derramó lágrimas que no menoscabaron su hombría y se humilló ante aquella fría encarnación del demonio que parecía gozar y deleitarse en su purgatorio.

“Ya veremos”, dijo Walker, evadiendo el contestar directamente mientras se encaminaba pensativo hacia la puerta. “Ya veremos —ya veremos”. Tales fueron las últimas palabras que dirigió al caballero sobre cuya fortuna, amistad y ayuda había edificado su transitorio poder. Regresó directo al despacho y escribió en un pedazo de papel estas palabras: “Prepárese a morir a las cuatro de la tarde de hoy —W.W.”, y se las remitió a Salazar con el oficial encargado de ejecutar la sentencia. Ese mismo día a las 5 P.M., en la Plaza, un pelotón norteamericano fusiló a don Mariano Salazar, por orden de Walker.

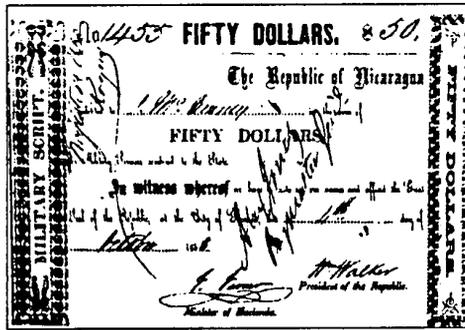
\* \* \*

POR DECRETO DEL 25 de junio, el Presidente Rivas había destituido a Walker del ejército, declarándolo enemigo de Nicaragua con la nota de traidor. El decreto también llamaba a los nicaragüenses de 15 a 60 años de edad a ponerse en armas contra Walker “para defender la libertad, independencia y soberanía de la República”. En otro decreto, fechado el 28 de junio, el Presidente Rivas les ofreció protección y pasaportes a “los miembros de la fuerza americana” que abandonasen a Walker.

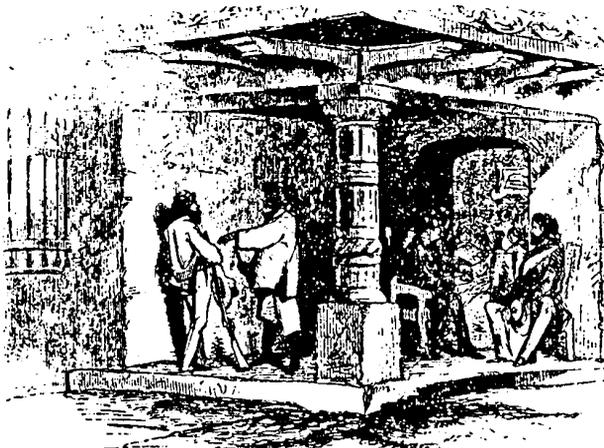
El 26 de julio *El Nicaraguense* prometió treinta dólares de recompensa por la captura de cada uno de cuatro reclutas desertores del ejército; para el 16 de agosto, la nómina de las recompensas había aumentado a diez individuos (pero muchos desertores no estaban incluidos en la lista) y a finales de julio la compañía de batidores del capitán Turley salió de Managua a Tipitapa en una expedición exploratoria: los veinticinco filibusteros desertaron en masa y mar-

charron sobre Chontales, saqueando haciendas y pueblos en ruta hacia la Costa Atlántica. Dos semanas después Turley y los batidores hallaron su suerte en Cunaguas, cerca de Acoyapa, a manos de la columna del capitán Dámaso Rivera que los extenninó con saldo de veintiún muertos, un prisionero y tres fugitivos.

La columna de Rivera era un contingente legitimista, los patriotas que se le opusieron a Walker desde el comienzo —desde el 29 de junio de 1855 en Rivas. En agosto de 1856 renovaban la lucha, encendiendo la guerra de liberación —la Guerra Nacional, la única en nuestra historia en que los patriotas de las cinco repúblicas centroamericanas han luchado unidos para expulsar al invasor.



Un vale del ejército, del gobierno de Walker, cuya firma se aprecia a la izquierda.



Filibusteros posesionados de una casa y del país.

Se permite la reproducción sólo para estudios académicos sin fines de lucro, y citando la fuente - FEB



Mapa de Nicaragua, 1856,  
oficial del gobierno de Walker.